

FIN DEL MUNDE

RELATOS DISTÓPICOS

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

WWW.TERESAMAGAZINE.COM

ENERO, 2021

FIN DEL MUNDO

Antología de Cuento Género: Ficción

Edición: Teresa Magazine Selección: Marshiari Medina Corrección de estilo: Alexander Ganem Maquetación: Amairani Vinalay Ilustración de la Portada: Paulina de la Serna @puras_nacadas

Primera Edición Electrónica, Enero 2021, México.

Todos los derechos reservados.

Teresa Magazine apoya la protección a los derechos de autor. Queda prohibido copiar, reproducir, distribuir, publicar, transmitir, difundir, o en cualquier modo explotar cualquier parte de esta publicación. Los textos e imágenes contenidos en este libro electrónico son propiedad de sus autores, quienes han autorizado debidamente su inclusión en esta antología.

Esta obra se distribuye de manera gratuita a través de la página www.teresamagazine.com

Para mayor información sobre la obra: quierounlibro@teresamagazine.com





1.	Prólogo, Alexander Ganem (México)	5
2.	Amor quemado, D. P. Snyder (E.U.)	7
3.	¡Apocalipsis por fin!, Álvaro Morales (Uruguay)	14
4.	El camino al sur, Andrés Díaz (México)	19
5.	El extraño caso de Susana Duarte, Omar García Peñaloza (México)	27
6.	El lado cósmico del sueño paradójico, Martín Alejandro Morales (México)33
7.	El reino de los cielos nunca fue para mí, Balthier Galland (México)	37
8.	El virus que llegó de China, Arturo Flores (México)	39
9.	Entramos a la luz, Irma Reyes (Chile)	47
10.	Houston, we are a problem!, Karla Palacios (México)	51
11.	La llave de la puerta del fin del mundo, Juan Fernández Chico (México)	55
12.	La misión, Gloria Quiñones (Perú)	62
13.	La rebelión de las cosas, Juan Machín (México)	66
14.	La última vampira, Miguel Qairy Calderón Valenzuela (Perú)	69
15.	Limbo, Ernesto Moreno (México)	74
16.	Monte de Sotah, Marshiari Medina (México)	80
17.	Mundo mutante, Rodrigo Torres Quezada (Chile)	84
18.	Partir hacia, Andrea Zurita (Argentina)	90
19.	Reptiles e inmunes, Ale Montero (México)	93
20.	Rossiya en sangre, Danae Nicol Terriquez (México)	97
21.	Salve el fuego, Mariela Anastasio (Argentina)	101
22.	Xiú de Épsilon 4. Guillermo Pegorgro (Argenting)	105

PRÓLOGO ALEXANDER GANEM

Más allá de nuestra imposibilidad cuasi fáctica de imaginar el final del sistema de cosas vigente —confrontada con el despliegue abundante y prolijo con el que constantemente proyectamos visiones de un posible fin del mundo (reeditado generación tras generación)—, queda la dimensión articulativa de relatos sociales que es, en verdad, la ficción literaria. Sea certero o no afirmar que nuestra condición exacerbada es aquella de la imposibilidad de imaginar un mundo distinto —un real alternativo, al que correspondan las líneas de una nueva imaginación económico-política—, lo cierto es que aquellos precisos momentos de proyección hollywoodense del instante abrazado por la catástrofe final (radicalmente anulatoria de nuestra existencia presente), aunque no correspondan sino a una repetitiva impresión ideológica, representan quizá uno de los pocos caminos para imaginar (aunque de forma desviada) la propia realidad fetichizada en que, paradójicamente, habitamos sin posibilidad de una plena habitabilidad.

Así, quizá, no haya más que un intento, diría Fredric Jameson, de "imaginar el capitalismo al imaginar el fin del mundo". Porque en la manifestación espectacularizada de la catástrofe, después de todo, no hay otra cosa que nuestra imposibilidad de apreciar la esencia del modo de existencia alienado en que pervivimos, tan solo apreciable por la dimensión estetizada de sus efectos acontecimentalmente catastróficos.

Por ello, en Teresa Magazine hemos convocado a polivalentes voces narrativas que, con sus variadas propuestas escriturarias, han construido ficciones que sospechan de lo real y sus pulsiones finalistas. Nuevamente la literatura —y el ejercicio aquí convocado no ha sido la excepción—, corresponde a la actividad concreta de dar sentido a los relatos sociales que circulan por doquier y desde diversos registros, tonos, ruidos y síncopes de significado.

Quedan aquí pues estas narraciones, emanadas de la evocación del fin de fines, tratada como lo que es, una dimensión viva de la cuasi inaprensible forma en que lo existente se revela como ficción invisibilizada, y en un atisbo apenas perceptible, vehículo y pasaje hacia un mundo otro.

AMOR QUEMADO D.P. SNYDER / ESTADOS UNIDOS



AMOR QUEMADO D.P. SNYDER / ESTADOS UNIDOS

Lo veo por primera vez desde el tren, aquel hombre alto y serio que me aguarda en el andén nevado. Lleva un sobretodo negro, guantes negros, botas negras. Todo depende de este momento, ya lo sé. El tren desacelera. Los frenos chillan. Mis entrañas se aprietan. El conductor grita el nombre del pueblo. Él parece una pincelada de color saturado sobre un fondo blanco. Espera solo el tren de las 14:15 en esta estación de un pueblo cualquiera en las afueras de Nueva York. El tiempo se detiene.

Llevamos meses escribiéndonos desde que la app nos emparejó, cartas cautelosas que poco a poco se llenaron de filosofía e ilusión, rozaron lo íntimo, lo erótico. Lo quiero ver y tengo miedo de que en persona no sea como en sus cartas. El tren se para, el conductor grita el nombre del pueblo otra vez. Soy la única pasajera que se incorpora. Me siento traicionada de que nadie se baje conmigo y casi me quedo en el vagón. Está debajo de un cobertizo del cual cuelgan carámbanos insólitos, dagas de cristal que amenazan su cabeza desprotegida. Sí, él me aguarda en este frío abominable con la cabeza descubierta porque a lo mejor teme hacer el ridículo en una gorra de lana. Y hoy tiene que ser hombre. Muy hombre. Al verme en mi parka azul, mi gorrita y mis manoplas rojas, su rostro se relaja. Se me acerca sosteniendo los brazos como si llevara una carga invisible. Durante un largo momento nos abrazamos sin decir palabra.

9

Es un sábado de febrero en aquel tiempo lejano cuando todavía había febreros, cuando aún no vivíamos eternos días de perros salvajes. Lo invito a la ciudad para celebrar mi cumpleaños. Se siente halagado, me dice.

- ¿Habrá otra gente?
- No, solo tú y yo. Se dice que las condiciones del cumpleaños determinan la suerte de una persona para todo el año—, le digo. —Quiero que seas mi suerte.

No me contesta. Es difícil hablar por teléfono con este hombre callado. Tengo que medir el peso de sus silencios. Este tiene la densidad de placer salpicado de miedo.

- —¿No quieres venir para acá? Te invito a cenar.
- —No—, le digo. —Quiero que tú vengas a mí. La ciudad que nunca duerme te espera.

Él no tiene experiencia en la ciudad y sé que mi demanda le plantea un reto. Es una prueba.

—Acepto—, me dice.

La noche de mi cumpleaños me recoge en su VUD negro y brillante. Es abril, cuando todavía disfrutábamos noches primaverales de brisas suaves y lluvias refrescantes, cuando la tierra todavía olía a suelo, a lo vegetal, a la electricidad. Vamos a un club de jazz en SoHo donde tocan unos amigos. Aunque no toma generalmente, decide pedir una cerveza para brindar y luego pide otra. La banda toca *Happy Birthday* y al final el trompetista canta mi nombre y todos aplauden. Él me sonríe orgulloso mientras yo dibujo corazones en su piel con mi uña.

Afuera del club, está lloviendo. Compartimos un paraguas. No hace frío. La noche nos cobija. Nos paramos en una esquina de la ciudad entre el tráfico, las tiendas, las luces, la gente, la lluvia que corre por la canaleta. El mundo es una sinfonía compuesta sólo para nosotros. Nos besamos abajo del paraguas negro cuando de repente otra pareja sale del club. Están borrachos. Ella lo insulta a gritos y le lanza su bolso a la cabeza, pero en vez de alcanzar el blanco, la bolsa explota en la acera derramando monedas, plumas, lápices labiales.

—¡Qué raro!—, él me dice asombrado, retirando su cara de la mía por un momento. —¡Qué raro que ellos se separen y nosotros nos juntemos en la misma calle, en el mismo momento, bajo la misma lluvia!

-¡Qué raro!-, le digo, y lo callo con un beso.

8

Quiere convivir conmigo. Claro que hemos estado juntos ya por un año, pero le digo que no, que ya no voy a sufrir más la convivencia sin compromiso. No puedo gastar más tiempo, le digo. Se lo expliqué cuando todavía importaba el concepto de tiempo, cuando teníamos tiempo para «gastar», cuando nos decíamos la palabra «futuro», cuando los relojes del mundo tenían una importancia desmesurada. El Reloj del Largo Ahora hace tictac sólo una vez al año, aquella irónica obra de arte diseñada para desafiar al destino, ralentizar el tiempo. Su creador lo diseñó para sobrevivir al fin del universo en un último intento de agarrar la inmortalidad por medio de un dispositivo. ¡Pura soberbia! Una vez cruzada la línea de la carretera durante la crisis climática, no había vuelta atrás y el tiempo, nos qustara o no, se nos iba agotando. ¿Cómo se debe medir el tiempo cuando el tiempo está a punto de acabarse? ¿Atómicamente? ¿En milisegundos? ¿En años? ¿En épocas? El año pasado se perdieron otros 200 kilómetros de permafrost en el Círculo Árctico. El contenido del Banco Mundial de Semillas de Svalbard se está echando a perder.

—Nos casamos o nada—, le digo a él.

-iAh! —, dice y se arrodilla tomando mis manos entre las suyas.

7

Vamos de vacaciones a Carolina del Norte. De soltero le gustaba visitar diferentes centros turísticos para jugar tenis y disfrutar del servicio a la habitación, la limpieza ecuánime de un hotel de lujo, el puro ocio. Quiere llevarme a pasar una semana allá en su resort favorito. Vamos en coche, él maneja. Salimos al alba y en Baltimore paramos a desayunar en un diner. Los empleados están empapados de sudor porque el aire acondicionado ha dejado de funcionar y los ventanales no se pueden abrir. Pero nos quedamos de todos modos porque tenemos hambre y queremos llegar a D.C. pronto para pernoctar como hemos planeado. Pide huevos revueltos y tocino. Pido dos huevos fritos y tostadas. La mesera decaída me entrega el plato: la yema de uno de mis huevos está manchada de sangre.

6

Decidimos casarnos en un antiguo tren de vapor. Invitamos a nuestras familias y unos amigos. No es poca cosa encontrar un tren en alquiler, pero lo logramos. Viene con una tripulación completa, incluso dos jóvenes que pasan todo el día avivando las brasas en la caldera con palas de carbón. Ni la comida, ni el champán, ni mi vestido, ni las flores cuestan más que el carbón. Ahora escasea desde que los gobiernos mundiales finalmente prohibieron la extracción minera, demasiado tarde. Se puede comprar lo poco que queda a un precio altísimo. El tren Número 41 lleva al séquito nupcial por el campo de Pennsylvania. Pronunciamos nuestros votos en el furgón de cola, mirando hacia el oeste y el sol poniente desde un pequeño balconcito. El juez, un viejo con manos temblorosas, nos casa y luego llora.

5

Alquilamos un piso amoblado en Bangor, Maine. No pude vender mi apartamento neoyorquino ya que las ciudades se han vuelto inhabitables. Sólo los más temerarios siguen viviendo en las urbes entre el calor y el crimen. Cerré mi apartamento con llave sin saber por qué lo hice. No iba a volver.

Vivimos cinco años de casados en el apartamento bonito del cuarto piso con un balcón que da al río Penobscot. Seguimos trabajando a distancia desde casa hasta que el internet se apaga cuando los enormes servidores de Arizona y California dejan de funcionar por la canícula que nunca se acaba. Los silencios de mi marido se alargan. Los míos también. No hay nada que decir.

4

Hacemos el largo viaje a Canadá a pie. Ya no se puede comprar gasolina. Aunque pasó la mayoría de su vida en los Estados Unidos, mi madre, ya fallecida, nació allá y por eso tenemos la posibilidad de nacionalizarnos. Ella quería volver a su país natal al comienzo de la Presidencia Perpetua que fue instaurada después de la Declaración de Emergencia Global. Pero la muerte la alcanzó primero. Estamos entre los últimos para entrar al país que ya está colmado de quien pudo llegar a la frontera a tiempo. Dejamos todo atrás menos lo que podemos cargar en nuestras mochilas que están repletas de comida unos cuantos recuerdos de la vida A.E., Antes de la Emergencia.

En mis pantaletas llevo contrabando, paquetes de semillas, y en mi vientre, nuestro feto. Cuando dejamos la casa en Bangor, esta vez no cerramos con llave. A lo mejor, a alguien le sirve nuestro piso por el rato que nos queda a todos. Observo a mi marido, su ropa blanca que le cubre todo el cuerpo, su sombrero de paja de ala ancha, la nariz quemada por el sol severo, y el cuerpo encorvado bajo el peso de la mochila enorme. Carga todas las herramientas de sobrevivencia que nos llevamos a tierras menos calientes.

- Cada viaje empieza con un solo paso—, me dice con una mueca agarrándome la mano.
- —Uno—, le digo.

3

Cruzamos el continente a pie desde Nueva Escocia hasta Vancouver. Mis antepasados escoceses lo recorrieron en el siglo 18 con tan solo una mula, una carreta, y unos suministros que les dio Lord Selkirk. Mi marido marcha siempre adelante. Lo sigo. Ya no hacemos el amor, no nos besamos, no reímos. Dedicamos toda nuestra energía a la supervivencia. Nos enfocamos en aquel punto lejano, Vancouver. Ahora él carga casi todo, pues mi panza ya es notoria. Por suerte, las autoridades canadienses no son tan estrictas como las de nuestro país respecto a los nacimientos a pesar de la ley global de cero crecimiento de población. Descansamos dos noches en Regina, en un campo de refugiados en las afueras de la ciudad. No es el mejor lugar para vivir, por cierto, pero al menos está lejos de la violencia que ha brotado en la ciudad.

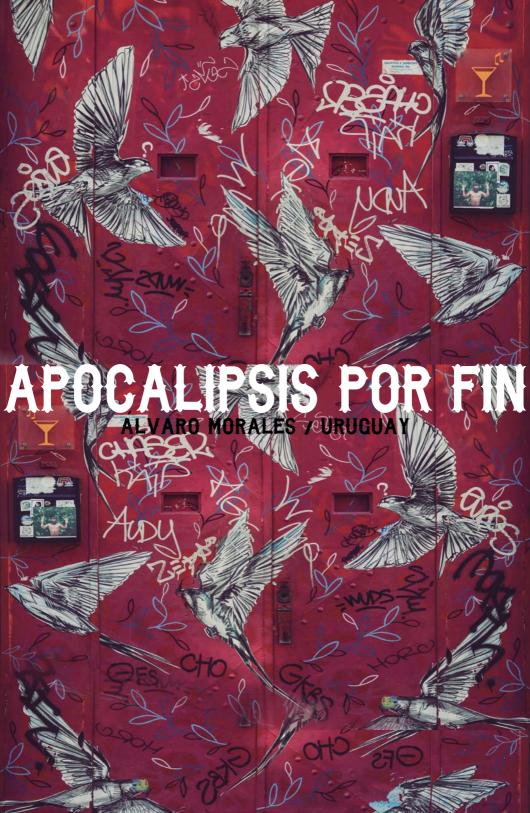
2

Un día me despierto y lo veo a cierta distancia. Está absorto en una conversación con un hombre flaco y pelirrojo que me mira de vez en cuando nerviosamente. El próximo día me suben a su carreta y continuamos el viaje al oeste, al mar. No sé qué le prometió mi marido. Tal vez algunas de las semillas que tenemos, ya que valen más que el oro. Llegamos a Vancouver al anochecer. El mar está en llamas.

1

Me despierta un sol antinatural. Demasiado cercano, como la cara enrojecida de un padre enojado. El cielo se prende fuego. Me ciega. Una mano agarra la mía. Espero que sea de mi marido. Sí, es de él. Pongo mi otra mano en mi barriga. Adentro, siento el movimiento inquieto de la vida que no tendrá un cumpleaños. Que no sabrá del tiempo. Un minuto se hace eterno. No puedo respirar. El calor es insoportable. Me lleno los pulmones una vez más. Pienso en él. Una vez más. Su sobretodo negro. El andén está nevado.

0



APOCALIPSIS POR FIN

ALVARO MORALES / URUGUAY

Es cierto que un buen día el incognoscible, incomprensible e incomprendido Dios decidió solucionar el tema de los numerosos Apocalipsis. Desde hacía tiempo que las noticias habían dejado de estar a cargo del Vaticano. Al fin y al cabo, las leyes humanas son un reflejo de aquellas que rigen a las altas esferas y el marketina funciona igual en cada rincón de todos los universos. En su lugar se utilizaba una red de distribución de alta influencia, disimulada en manos de una familia ancestral de noble linaie. El tema de las confusiones burocráticas con respecto al apocalipsis anunciado por el demente de Juan era un tema que venía desarrollándose desde hacía unos años, digamos que algo así como dos mil. A cada año las agencias de noticias oficiales se veían obligadas a difundir novedades al respecto. Y la ciencia exacta detrás de estos anuncios es indescifrable, recordemos que dios es misterioso (o, en otras palabras: hay cosas que nadie va a responder), por lo que la mayoría de las veces la predicción no está ni cerca de ser acertada. Rememoremos la anécdota de los dos sabios y su diálogo. Cuando uno le dice que Dios es incomprensible, el otro le llama la atención de que esa es la razón por la que no hay que pensar mucho en Dios y sus potencias. Porque todo lo que podamos comprender de él, lejos de tratarse de una revelación hacia un nivel más elevado, se trata de una mentira. El primer sabio le responde que entonces ese juicio tan elegante que acaba de hacer debe ser también falso, y la confusión se termina al buen estilo latino, es decir con uno de los sabios muerto: por la gracia de Dios, el que mentía.

Por otro lado, el carácter del fenómeno lo vuelve impredecible hasta el límite del absurdo. Se trata de un hecho que sólo puede ocurrir una vez, por lo que es necesario que, de las numerosas predicciones, todas menos una sea falsas o incorrectas. Y por cierto que cuando llegue la predicción acertada terminará con la era de las predicciones, será la última. Por lo que la continuidad de noticias apocalípticas sólo parece demostrar la

falsedad de todas las anteriores. En cierto momento se creyó que era inapropiado estar engañando así a la gente. Después de todo aún quedaban personas que podían llegar a merecer cierta sabiduría. Pero, de algún modo, el temor de ese evento grotesco que en realidad desconocían (si lo hubieran conocido no tendrían por qué temerle), causaba en las personas cierto recelo a la hora del dejarse llevar por el insistente llamado de la tentación.

Pero la gota que colmó el vaso fue el momento en que desde las altas esferas observaron, cuando el año mil, los querreros musulmanes disfrazarse de los cuatro jinetes y sembrar el pánico a sabiendas de lo que consideraban una ridícula superstición cristiana. Dios se decidió a actuar. Pero aquí intervinieron otras dos leyes celestiales. Un día para el señor es como mil para un hombre. Y me temo esta proporción no sea del todo exacta y que esto se combinó con la segunda ley, que es que lo que hay abajo es una imagen de lo que hay arriba. Y esto también se aplica a la burocracia. De modo que cuando el tema fue abordado otra vez el mundo estaba al borde de un nuevo milenio. Se tanteó a la población con otra ola de pronósticos de Apocalipsis. Al principio funcionó, pero luego, ante la evidencia de los fallos garrafales, su efectividad disminuyó a un ritmo sostenido. Apenas pasado el milenio poca gente prestaba atención a los anuncios y nadie los creía, por lo menos al nivel de la acción. De modo que la orden atravesó todas las esferas. No habría más anuncios de Apocalipsis; era hora de que llegara el único verdadero, el real, anunciado hacía ya tanto tiempo.

Para esto Dios replegó a sus ejércitos olvidados. Sus arcángeles al principio no detentaban potencia alguna; oficiarían de escribanos en la numerosa documentación que había que estudiar para darle luz verde al proyecto. Y es que ocurría que en todo este tiempo las leyes habían cambiado tanto como las definiciones. ¿Aún podían seguir aplicándose las concepciones de pecado de la época de los faraones, cuando Dios aún se dignaba a sacudirse el polvo de la tierra? Por supuesto que no. Tampoco podía tomarse una costumbre actual y aplicarla con

retroactividad. Como podrá apreciarse, en las altas esferas las leyes lo son todo. Y existe una tan antigua como el tiempo. No puede aplicarse una ley a alguien que la desconoce. ¿Quiénes deberían salvarse y quiénes perderse una vez concluido el tan promocionado Apocalipsis? Era una pregunta clave si se quería seguir con los planes una vez el último ángel terminara el último solo de trompeta y el cielo dejara de arder.

Tal era la indignación en los palacios celestiales que se requirió una solución tajante a todo este entuerto. No tenía practicidad alguna intentar definir el sentido del pecado y las condiciones de salvación. Habían sido tantas y tan variadas a lo largo de los siglos, y era tan alto el porcentaje de aquellos que no entendían nada del asunto y que se manejaban con otros criterios, que no parecía justo para nadie más que para una reducida minoría el ponerse de acuerdo en esto. La decisión tajante fue la siguiente: se indagaría en el alma de los seres humanos vivos para saber a quién salvaría cada uno y a quiénes condenaría. Era la solución más democrática de la historia. El pueblo decidiría, por votación equitativa, quienes serían salvados por el jinete blanco y quienes caerían junto con las bestias.

La votación se realizó en un instante, y las potencias angelicales (que desde hacía tiempo indagaban en las tendencias humanas para sus propios y también misteriosos proyectos y sabían bastante de esto) pronto ofrecieron el resultado. Este era de lo más inaudito. Pero repito que los misterios... Si se seguía el resultado de la votación la totalidad de la creación de Dios se vería envuelta por las llamas eternas, y los palacios celestiales, con capacidad infinita, seguirían casi vacíos como desde el momento de su creación cuando el tiempo se escurrió de la materia como una babosa asquerosa.

¿Qué había ocurrido? Bueno, qué podía esperarse de la misteriosa creación. Unos votaron contra otros. Los amarillos votaron a sus primos menos amarillos, comunistas a capitalistas, socialistas a anarquistas, negros a blancos, blancos a tiradores de dardos, ciegos a mudos, sordos a mancos, mancos a pencos, pencos a corredores maratonistas, asistentes sociales

a Psicólogos, los Psicólogos a sus pacientes, los pacientes a los activos, los activos a los tapados. Nadie se salvó. Y en esta esta hecatombe el viejo Dios se sintió parte del misterio que lo definía, pero cumplió con lo acordado. El infierno (la tierra) permaneció superpoblado y los palacios celestiales vacíos. No desactivó la propensión a las noticias falsas y exageradas sobre la siempre presente posibilidad de un Apocalipsis por sus ventajas estratégicas. Eso sí, se abstrajo un rato (que para él...) en un incomprensible rincón de la galaxia, en otra de sus creaciones y en otros asuntos.

EL CAMINO AL SUR ANDRÉS DÍAZ / MÉXICO



EL CAMINO AL SUR ANDRÉS DÍAZ / MÉXICO

Caminábamos Ignacio y yo por las vías del tren, olvidadas hace décadas. Ya casi era de noche y soplaba un viento caliente desde la ciudad en ruinas. Teníamos la espalda sudaba bajo nuestros morrales llenos de cecina. Los metales discurrían a ambos lados de la gravilla, rojos y ásperos, como víboras interminables. Mi hermano se arrodilló para acariciar los fierros carcomidos por el tiempo. "Laura, ¿hace cuánto que no los usan?", preguntó en voz alta. Me alcé de hombros y luego dije, "quizá más de sesenta años" Para la media noche ya habíamos aventajado varios kilómetros. Aún nos quedaban seis horas de oscuridad, pero necesitábamos un sitio para resguardarnos del sol

Cerca del amanecer encontramos un tren descarrilado: había decenas de vagones gigantescos, la mayoría volcados, serpenteando fuera de las vías, como cadáveres enormes regados después de una masacre. Estaban cubiertos con gruesas costras lodo seco, manchones de tierra agrietada que asomaban por todas partes. El primero al que nos asomarnos era una boca negra llena de telarañas y polvo. Olía a muerto. Nos alejamos y buscamos otro. Los siguientes dos tenían las puertas atascadas, apenas dejaban una rendija por donde ninguno de nosotros cabía a pesar de ser tan flacos. Luego, pasamos frente a uno que también olía a podrido y escuchamos un quejido desde su interior, un resoplido brusco, como entre sueños, de algo enorme y desconocido. Permanecimos quietos durante dos minutos enteros para que eso no despertara. Nada sucedió. Nos alejamos sin hacer ruido, con los pies tan ligeros como pudiésemos para no remover la gravilla al caminar. "Ya encontraremos dónde quedarnos", murmuré para tranquilizarlo. Y seguimos caminando, siempre rumbo al Sur.

Media hora después, Ignacio me detuvo. Señaló con su mano esquelética una pequeña casa de dos pisos, a casi doscientos metros de las vías, oculta más allá de unos árboles —o más

bien, lo que alguna vez fueron árboles pero ahora solo eran madera seca, seguramente arruinada por las lluvias ácidas de los años anteriores. Esa noche no había nubes, el cielo ya comenzaba a aclararse. El paisaje era un páramo gris y desierto, sin nada de vida, más que mi hermano y yo, y quizá el monstruo desconocido que reposaba soñando en el vagón de allá atrás.

Nos acercamos cautelosos al edificio. La puerta principal estaba tirada. Entré sola para revisar primero, armada con la navaja de caza de mamá, mientras él aguardaba fuera, en la noche quieta. Dentro hacía más frío. Casi todos los muebles estaban rotos, como si los hubieran despedazado con hachas o a golpes, además se veían manchas de fuego en una esquina.

No vi cadáveres en la planta baja. Me asomé a una puerta entreabierta y regresé al pasillo dando arcadas por el olor a drenaje seco: tosí un par de veces cuando volví de ese baño lleno de manchas de mierda en las paredes. Subí por la escalera aferrando el cuchillo, lista para lo que fuera. En el segundo nivel había una puerta entreabierta. Sentí un escalofrío cuando vi un cuerpo colgando desde el techo. Había un objeto negro tirado en el piso. Me acerqué temblando con el corazón en la garganta. Abrí la puerta mirando hacia todas partes sin entrar al cuarto: un hombre —o algo que parecía haber sido un hombre—, pendía de una soga, con las vértebras como espinas asomando bajo su camisa, y los ojos huecos, clavados en una pared donde había un altar con imágenes que no conocía y velas quemadas, extintas en su propia cera. En el suelo había una cruz de madera rota. En una esquina había un petate y una cuna vacía. Vi una cadena que se perdía detrás de la puerta y mis piernas comenzaron a debilitarse. La seguí con la vista. Avancé hasta rodearla. Cuando descubrí lo que había ahí oculto, me tomó apenas una fracción de segundo entenderlo todo; sentí un miedo espantoso, creí que iba a volverme loca...

Bajé las escaleras casi a trompicones, me estrellé con una pared y seguí huyendo. "Vámonos, no podemos quedarnos", le grité a Ignacio al salir y lo jalé con fuerza de la mano para

escapar de la casa. Ni siquiera le vi la cara. "¿Qué tienes?, ¿por qué no podemos dormir aquí?", reclamó, intentando seguir mi paso; yo había comenzado a trotar sin darme cuenta. No le presté atención hasta que volvió a insistir, "¿qué viste, Laura?, ¿qué viste?, ¿qué era?". No aflojé el paso. Mentí. "Había gente dentro. infectados. estaban enfermos".

Ignacio empezó a correr también. Se asustó completamente cuando me oyó decir eso.

Seguimos caminando sobre las vías toda la noche. Al amanecer nos cubrimos el rostro con nuestras capuchas y unos googles oscuros que nos regaló mi abuelo, para evitar que la luz nos dañara la piel o los ojos. Estábamos muy mareados para cuando finalmente llegamos a un túnel: parecía una cueva eterna y abandonada, totalmente oscura, muy similar a la nuestra antes de emprender el viaje. Nuestros pasos crujían sobre la grava mientras lo atravesamos y los ecos rebotaban en el techo alto, a casi seis metros sobre nuestras cabezas.

Era la primera vez de nuestras vidas en el exterior. Vimos las autopistas infinitas, convertidas en cementerios de autos, los inmensos edificios derrumbados que parecían montañas a medio colapso, y luego, el tren descarrilado. Tal vez todo nos habría resultado totalmente incomprensible... de no ser por las historias que mi abuelo Jaime, con su pierna mocha y su bastón en mano, nos contaba para entretenernos en la mina, mientras aguardábamos a que mamá volviera. Solo sus narraciones y sus libros de cuentos, nos proveyeron de cierta noción respecto a lo que era el mundo fuera de nuestro refugio, esa caverna inmensa donde crecimos, envueltos por una oscuridad casi absoluta.

Recuerdo que nos contaba sus historias, a mi hermano y a mí, con la voz llena de miedo, como si ya en México se viviera una pesadilla desde mucho antes de que la enfermedad mutara por séptima vez, tras doce años del primer brote, y empezara a causar malformaciones en los infectados, especialmente en los recién nacidos. Pero como nosotros nunca vimos nada

de eso, jamás pudimos comulgar con sus temores: hablaba de corrupción, pero no sabíamos qué era el dinero; se quejaba con asco de las élites indiferentes a la pobreza, pero los gobiernos colapsaron poco después del 2038, mucho antes de que mi madre naciera; nos hablaba de narcotraficantes, pero no sabíamos qué era la droga; y sus cuentos sobre focos y lámparas luminosas nos parecían impensables porque nunca conocimos la electricidad.

No abandonamos la mina sino hasta después de que él... murió, enfermo y loco de paranoia porque temía que fuésemos como nuestra madre, y que una noche intentáramos comérnoslo, así como ella hizo con su pierna en un ataque de rabia. Él nunca se lo perdonó. Ni siquiera cuando, una tarde después de salir a cazar, envuelta en su gruesa capucha para ocultar su rostro blanco que parecía una calavera —que nos heredó a mí y a mi hermano—, mamá ya no volvió y nunca supimos más de ella. Desapareció en el horizonte árido, destruido por la radiación solar.

Al abuelo Jaime le daba miedo la herencia que nos legó mi madre: conforme crecimos, Ignacio y yo empezamos a parecernos a ella, la piel se nos hizo clara, bajo la luz del sol casi era transparente; nuestra nariz era corta y pequeña, nada parecida a la de mi abuelo, a quien las mutaciones casi no afectaron; nuestros ojos se adaptaron para salir de noche, cuando los vapores venenosos del aire se despejaban y la atmósfera era tolerable sin el sol que ardía a través de los agujeros en el cielo. Éramos más bajos y mucho más flacos que él, pero indiscutiblemente más veloces que cualquier hombre sano de su época. Decía que nuestros pulmones evolucionaron para ocupar menos aire por dos motivos: al ser más pequeños, requeríamos menor gasto calórico, y así también respirábamos menos del aire —contaminado por los incendios mundiales que ardieron casi ocho años desde el 2024 y que acabaron con algo que él llamaba "capa de ozono".

"No entiendo cómo es que había gente ahí...", me interrumpió Ignacio con desgano mientras recordaba esas historias, "el

abuelo dijo que ya no quedaba nadie". "Aún quedan algunos", respondí. "¿Cómo eran?, ¿se parecían a nosotros?". Guardé silencio. Imaginé por un momento la cosa que encontré oculta detrás de la puerta. Sentí un escalofrío acariciándome la nuca como una araña salida de la suciedad en los muros del túnel. Volví a mentir. "No, Ignacio. Eran muy feos, eran horribles... Tenían cuernos en la cabeza, dientes filosos y un solo ojo gigante en medio de la frente". En la oscuridad, noté cómo su semblante se deshizo y vi el terror en su mirada. Prefería mantenerlo así, para que estuviese alerta.

Pensé que estaba siendo muy cruel, porque él tan solo tiene diez años; luego caí en cuenta de que la verdad era mucho, pero mucho peor, que solo estaba haciéndole un favor y que yo misma necesitaba creer mi propia mentira. Necesitaba creerla para no derrumbarme.

Pensé entonces en el abuelo, que conforme avanzaron los años fue perdiendo su dichosa memoria con que nos mostraba el mundo mediante historias y dibujos en una libreta, y acabó por volverse paranoico, casi al punto del delirio: sus historias se tiñeron de supersticiones, como si temiera que, al hablarnos del pasado, fuese a convocar la aparición de espectros rencorosos y vengativos. Decía que los espíritus de los miles de desaparecidos en el país nos maldijeron a todos por olvidarlos; que cuando las fosas para contagiados superaron por fin a las fosas clandestinas, eso había sido un logro de los muertos desaparecidos, que se estaban vengando de la gente porque jamás hallaron sus restos, que nunca encontraron a todos. Decía que, aún antes de la primera ola de la pandemia, ya había demasiados cadáveres saturando la tierra, que México era como un tiradero inmenso donde escondían a los muertos para deshacerse de ellos.

"Por eso el virus mutó, Laura, por eso a la gente se le empezó a secar la piel sobre los huesos y ponerse pálidos como la muerte, por eso ustedes y su madre se parecen tanto a ellos", me decía, mirándome con cierto pavor, como si yo misma hubiese salido de una tumba. A veces, él lloraba de pronto al recordar su juventud, en esos tiempos del primer virus. Durante sus últimos años de vida, nos rechazó a Ignacio y a mí; él dormía en un rincón de la cueva y nosotros en otro. Dejó de contarnos historias. Nos tenía miedo.

Recordé la casa junto a las vías del tren, la habitación con el hombre colgado. Lo que vi detrás de la puerta eran los huesos de una mujer —creo que era una mujer —. La cadena terminaba en un nudo atado con un candado alrededor de su cintura. No tenía piel, ya se le había secado la última que le quedaba, las cuencas estaban vacías, la boca abierta con dientes enormes. Cuando vi su cráneo pensé que así nos veríamos Ignacio y yo al morir, todavía más pálidos, aunque sonara imposible. La muerta tenía un aquiero enorme a mitad de la frente y había una barra metálica tirada en el piso, no muy lejos de ella. Estaba cubierta con un vestido muy lindo pero lleno de manchas de mierda en la espalda baja, y algo como sangre sobre el pecho: entre las manos, la mujer sostenía... los huesos de una criatura pequeña a medio comer. Quise pensar que la presa era un animal, pero la cuna vacía me hizo entender las cosas. Por eso salí huyendo.

Me abstuve de llorar en ese momento al escapar del edificio, en medio de la noche negra; y tuve que volver a aguantarme las lágrimas ahí, en el túnel donde mi hermano y yo nos refugiamos del fin del mundo. Reprimí la urgencia de contarle a Ignacio. No podía hacerle eso. Ya habíamos vivido demasiados horrores como para añadir otro más, uno tan cruel, uno tan atroz. Es un peso más que cargo conmigo, además de lo que le pasó al abuelo Jaime.

Mucho tiempo después de que mamá desapareció, el miedo en los ojos de mi abuelo hacia nosotros desapareció y, en su lugar, noté una pena profunda. Una tarde que Ignacio dormía, me pidió que lo acompañara al fondo de la mina. Recorrimos un par de kilómetros, yo lo guié hasta un sitio donde la tierra empezó a sentirse más fresca. Ahí se detuvo y me pidió que lo escuchara con cuidado. En cuanto dijo que estaríamos bien sin él, que debía cuidar de Ignacio, rompí a llorar. "Tan pronto como puedan, tú y tu hermano deben ir al Sur, Laura; allá las

selvas son grandes, no todas se incendiaron y tal vez aún haya animales que comer. La pobreza acabó con la gente más rápido que acá en el Norte, hija. Allá no quedará nadie que pueda hacerles daño".

Yo gimoteaba mientras él me explicaba las cosas que debía hacer y cómo secar su carne para convertirla en cecina. "No llores, Laura, debes hacer esto por ustedes. Y por mí, porque no podré acompañarlos. Soy viejo y pronto moriré de un modo u otro". Le supliqué cuanto pude que no lo hiciera, pero insistió: "Es la única manera que tienen para sobrevivir el camino que les espera fuera de este desierto... Te lo pido a ti porque tu madre nunca volvió. Ella y yo, nosotros... solo les heredamos la muerte. Por favor, déjame que les done un poco más de vida...".

Ignacio aún no lo sabe. Me da miedo que lo descubra. Y lo único que me sostiene, lo que me mantiene cuerda, es que el abuelo así lo quiso, para que logremos llegar al Sur.

EL EXTRAÑO CASO DE SUSANA DUARTE ANDRÉS DIAZ / MÉXICO



EL EXTRAÑO CASO DE SUSANA DUARTE ANDRÉS DÍAZ / MÉXICO

Ya te he dicho que te abstengas de hacer esos círculos satánicos por doquier, el Diablo no existe, Dios no existe, tu puta madre no existe. Lo único que vas a lograr es que se acumulen las pinches alimañas rastreras por toda la casa; además, ese pinche pentagrama está mal hecho, ¿quién chingaos te dijo que el diablo se parece a una chiva?, de verdad me causas desesperación.

Ni la Ouija ni el Necronomicón ni toda esa pinche literatura esotérica sirven pa´ ni madres, ¿quién vergas te dijo que un pinche horóscopo guiará tu vida?, para empezar, la Ouija es una tabla que tú mismo mueves cuando te cagas de miedo y el Necronomicón es una vil jalada de Lovecraft, mira que imaginarse el infierno y a un tal Cutulú, esas son mamadas.

- —Te digo que aquí hay un fantasma, en todas las casas viejas hay uno, o tal vez dos, quien sabe si hasta Satanás esté arraigado en estas paredes; míralas, son muy viejas, parece que lloran. Además, tú mismo me dijiste que hace días escuchaste ruidos extraños en el ático y que de pronto escuchas como que alguien baja inesperadamente las escaleras.
- —Mira, lo del ático puede ser el movimiento natural de la casa que rechina solita por lo vieja que es. Qué puedes esperar de una casa construida de finales del siglo XIX. Es bonita no lo niego, tiene sus cosas interesantes, como esas ornamentaciones neoclásicas que tu abuelo mando detallar; lo de los pasos pueden ser los ecos del tiempo, recuerda que la energía no se crea ni se destruye solamente se transforma.
- -iY qué me dices de los chirridos del sótano?
- —Esos pinches chirridos son de las ratas, hay unas que pare-

cen pinches canguros, ¿acaso no las has visto? Ay, Susana ya déjate de pendejadas. Ya me voy a la chingada.

=>1:00 p.m.: ya no vengas, ya estoy muerta.

Ahora que pendejada es esta...

=>1:30 p.m.: Susana estoy en el trabajo, no mames.

=>5:00 p.m.: ¿El señor Marcos Juárez? Sí, soy yo. Mire, soy el comandante Pedraza... lamento informarle que su esposa está muerta.

¿Qué pedo con esto?... ¿Susana muerta? No lo puedo creer. Pues sí, al llegar a la casa ya todo estaba acordonado y el cuerpo ya había sido levantado. Lo tenían en una bolsa para cadáveres.

- —Quiero verla —les dije.
- -Mejor que no -me respondieron.
- —Quedó muy mal, le puede causar un shock.
- —Ni madres yo quiero verla.
- —Bueno, conste que le advertimos.

Al intentar abrir la bolsa se trabó el cierre, pareciera como si algo estrambótico impidiera que viera el cadáver de mi Susi; cuando al fin se abrió, su rostro famélico me alertó sobre lo que le pudo haber pasado ¿Será que de verdad se le apareció un ente extraño dentro de la casa y le arrebató la vida de manera inesperada? No puede ser, estoy alucinando.

La descubrí de todo el cuerpo, su rostro no me causó tanta impresión, parecía sereno, pero cuando vi su torso fue una escena muy horrorosa: la blusa rosa que le regalé en su último cumpleaños estaba totalmente color marrón por la sangre que emanó de su pecho, y su estómago, estaba carcomido y ultrajado como por un animal salvaje; sus intestinos estaban adheridos a su cuerpo pero el resto estaban metidos en una bolsa transparente, de pronto sentí algo de asco y me proyecté

como un tipo fatalista, un escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Qué le ocurrió? Le pregunté a Pedraza. Aún no sabemos —me contestó— ya los peritos están recogiendo evidencia, pero hasta que no se hagan las indagaciones y veamos lo que arroje el análisis forense no tenemos nada.

Se la llevaron y yo me quedé en el interior de la casa, todo estaba en silencio. Pedraza me había recomendado que al menos por unos días no me quedara ahí, que me podría alterar los nervios; como soy muy escéptico decidí quedarme. Recuerdo que esa noche bajé de la habitación por un vaso de leche de soya a la cocina, eso suele relajarme, pasé justo frente a donde levantaron el cadáver. Era el estudio, desde la puerta de la cocina con el reflejo de la luz alcanzaba a observar las líneas de donde habían recogido el cuerpo de mi Susi, había además algunos libros tirados a su alrededor, por lo que logré observar había uno de Jorge Ibargüengoitia, *Dos crímenes*, sí, era ese y otro que estaba cerca de ese cuyas letras góticas no alcanzaba a distinguir, de hecho, ese libro nunca lo había visto en la casa.

Susana estaba obsesionada con los fantasmas, después de todo se la pasaba hablando de eso, que el fantasma de Canterville, que Drácula de Stoker, que Frankenstein de Mary Shelly... dentro de los que se ganaron mi respeto. Últimamente había leído una colección de cuentos de terror donde aparecían Stephen King y Edgar Allan Poe, pero ese libro cuyas letras góticas me resonaban en la memoria jamás se lo había visto; irrumpí en el estudio aun cuando me advirtieron que no lo hiciera. Me acerqué al gran libro, era muy viejo; hasta me remontó a un libro incunable, sus hojas amarillas y apolilladas me intrigaron, Daemonium, decía en latín en esas doradas letras góticas. Estaba a punto de levantarlo, cuando de pronto, un viento fúnebre se coló por la ventana. La verdad me dio miedo, hasta entonces me di cuenta que la policía la había dejado abierta. Regresé a la cocina y bebí mi leche de soya, aun con la imagen del cuerpo de Susi y de sus tripas. Su olor se volvió a filtrar por mi nariz y al instante vomité a un costado del desayunador. Esa noche me dormí muy intrigado.

A pesar de que Susana se la pasaba hablando de fantasmas y apariciones no creí que se fuera a meter tanto en ese rollo de la demonología, vaya clasificación de los demonios. Se tiene registro de que en la mitología cristiana se cuenta con más de dos mil vírgenes (vaya harem), más de seis mil santos y resulta que hay más de tres mil demonios. Pobrecillos siempre son menos, para que triunfe el bien, ya lo decía Pito Pérez "pobrecito del diablo, que lastima le tengo", y sí es cierto, cada vez que ocurre algo malo le echan la culpa al diablo, de hecho, entre las vecinas se rumora que a mi Susi la mató Satanás y que su alma ya está en pena, que tenía pacto con el diablo y que sus cultos la llevaron a su trágica caída. Puras calumnias. Aún no sé qué haya ocurrido, pero, diablo madres...

En lo que duró la investigación, dentro de la casa ocurrieron cosas extrañas: se seguían escuchando los ruidos que Susana comúnmente oía, de pronto se caían los cuadros de las paredes sin que las pijas aun incrustadas en los taquetes les pasara nada, en la cocina se caían los trastos desde la altura de las alacenas, cuyas puertas amanecían cerradas, movían mi celular de lugar y los malditos chirridos de las ratas que no me dejaban dormir en momentos de tensión por el trabajo. Qué rayos estaba pasando, no tengo idea. Lo cierto es que todo ese fenómeno me parecía interesante más que darme miedo, hasta recuerdo que una vez estaba desayunando en la cocina cuando de pronto se esparció un fuerte olor a amoniaco dentro de la casa, no comprendía el por qué pero fue algo fugaz; dicen que así huele el infierno.

Susi Duarte murió envenenada, cómo diablos pasó eso, el libro de las letras góticas era un incunable que ella había conseguido en línea, fue a recogerlo a una biblioteca vieja que estaban desmantelando para renovarla, pero para sacar fondos pusieron a la venta algunos ejemplares; varios libros de esos los tenían ocultos en un sótano. Se lo entregaron perfectamente sellado al vacío, pero cuando lo abrió no se percató de usar guantes y cubre bocas, mucho menos le advirtieron que algunos libros como el *Daemonium* eran libros prohibidos de su época, por lo que los envenenaban para que a todo aquél

que los leyera de manera prohibida le esperara la muerte instantánea. Vaya aberración, quien iba a pensar que el cianuro de potasio durara tanto sobre el papel; de lo de su estómago se encargaron las ratas, eso sí fue algo extraño ya que para las horas que tenía el cuerpo tirado, las ratas actuaron muy rápido y los forenses no encontraron señal alguna de lo que los pudo haber llamado para ruñir el cuerpo, las vecinas que dieron parte hasta se desmallaron de la impresión.

Ahora yo estoy aquí, en el estudio, frente al cuadro de Satanás que Susi tenía para su contemplación, ante esa figura terrorífica lo he mirado a los ojos y finalmente me he dado cuenta que su seducción va más allá de la muerte de mi Susi.



EL LADO CÓSMICO DEL SUEÑO PARADÓJICO MARTÍN ALEJANDRO MORALES GARZA / MÉXICO

El primero de diciembre del 2020, tras once meses previos con catástrofes, desgracias y malos infortunios para la humanidad, el último mes iniciará con una lluvia de estrellas vista por todo el mundo.

Antes del evento, con cierta subestimación, los ciudadanos obviaron las medidas preventivas de un posible contagio, se dirigieron a establecimientos para adquirir carbón, carne, cerveza y demás ingredientes para celebrar.

Un trío de compadres hacía fila, la cual daba la vuelta a la cuadra; uno de ellos tuvo la necesidad angustiosa de orinar, se dirigieron a un callejón y el cielo, de pronto, se tornó melón, parpadeaba con tonalidades rojizas y, cuando menos lo esperaban, se dieron cuenta que había un anciano en harapos, el cual afirmó que "se acercaba el final".

Cuando una algarabía pareció indicarles que el pánico había cundido, el anciano se incorporó sin darles la cara.

Yo reprendo y disciplino a todos los que amo; por lo tanto, sé fervoroso y arrepiéntete –dijo en voz alta y se asustaron apenas los contempló fijamente.

En su mano derecha, sostenía aferrado un pergamino enrollado.

¿Quién creen que soy? –la pregunta pareció un reto.

"¿Nos haría el milagrito de desaparecer el coronavirus? Todos necesitamos volver al jale, ¿no cree? ¿O no trabajan en el Cielo?", dijo burlón Pablo, uno de los hombres. "¿Para qué? Se arriesgan por carbón y "cheves". Mi mujer, que es peor de enojona que todas las mujeres juntas, no le falta razón: el aire aquí es denso y no tienen árboles, señores".

En eso, sonó el celular de Querubín, que no había participado en la intervención, se alejó para responder y se topó con alguien que se aproximaba hacia los demás.

"El milagrito tendrás que pedírselo a Chronos, querido padre", intervino un joven con melena y barba larga, parecía impaciente, pero indiferente ante los demás. "Cosas de hijos, pero ¿podría yo retirar el siguiente?", cuestionó atento y curioso al quinto sello.

Cuando Juan retrocedió un paso, chocó con su amigo de la llamada: "Ven, Juan. ¿A poco ese güey no se parece a Jared Leto?", dijo Querubín. "Ya vámonos, compares. Si se nos enojaron por el corderito, matado delante de los *güercos*, ya ni se diga la espera", dijo Pablo.

"Les presento sus tres milagritos: para Querubín, un corcel que responde al nombre de Iztac; para Juan, Cuezalli; y para Pablo, Tliltic", finalizó Dios para concentrarse en las primeras cuatro quemaduras visibles sobre el enrollado.

De manera imprevista, Dios se desprendió el rostro como máscara, había una galaxia colorida que adornaba un vacío color *VANTABLACK*, y cada hombre vio la analepsis de su vida actual y las pasadas. A los seis minutos con diez segundos después, se apagó la llama de la que sería la quinta huella. "Si terminaste de fanfarronear, ¿podemos irnos?".



En cada casa, al término del evento, se materializará un barro, parecido a la "Dopamina de Visnú", "Barro hegeliano", "cuarzo cósmico" o "engrudo onírico" serán algunos de los términos que se harán eco en los medios de comunicación, las redes sociales y los gurús en YouTube, los cuales difundirán diferentes orígenes, usos y propiedades del mismo, pero la mayoría descubriremos que sólo podrá utilizarles por los que no hemos asesinado, robado, secuestrado, violado, vejado ni hemos recurrido a actos ilícitos, dignos de políticos y empresarios corruptos.

El barro será una realidad para identificar bajo una laguna legal cósmica a los corruptos y corrompidos, quienes podrán ser presas de los deseos de los portadores del barro.

Al final del 2020, las personas, que alcanzarán la frecuencia prevista, serán trasladadas a un universo que, al mismo tiempo, será evacuado a un cosmos diferente, que integrará una pléyade de universos limpios y positivos; para los corrompidos, les esperará la aniquilación con la aparición de Tifón, Apofis y Antropoceno, nacido por la unión de los tendones arrancados de Zeus, la esencia de Gea y la placenta de la náyade Lete; entonces, la tríada apocalíptica devorará hasta el último humano corrompido por sus acciones monstruosas, estarán exentos al descanso eterno o a algún infierno piadoso.



EL REINO DE LOS CIELOS NUNCA FUE PARA MÍ

BALTHIER GALLANT / MEXICO

Me arrastran al infierno. Mis uñas arañan la tierra muerta. Mis gritos hacen eco entre los condenados. El reino de los cielos nunca fue para mí. Desde pequeño abandoné la esperanza, la fe. Los sacerdotes hipócritas que abusaron de su poder escondiendo sus perversiones contra mí colaboraron con esa decisión infante, temprana. Durante mi juventud sufrí de un desencanto prolongado que me sumió hasta la oscuridad del interminable llanto, hasta el intento fallido del suicidio. Escuchaba del fin del mundo una y otra vez. Después de mi recuperación en el hospital, con mis venas destrozadas, con los ojos llenos de lágrimas miré al cielo a través de mi ventana, y clamé en nombre de la Muerte que llegara el día del juicio final. Quería que todo ardiera, quería ver sufrir a otros como yo.

Ahora me doy cuenta de que no debí haber decretado algo así, no del modo en que lo hice. Ya nada se puede hacer. Condené con mis deseos a recibir su castigo a la humanidad, al menos a la que estaba cerca del infierno como yo.

Mientras me arrastran me lleno de odio. Araño la tierra porque me da ira, rabia, enojo, furia. ¡No decreté que cuando todo se acabara toda la humanidad ardiera en el infierno! ¡Ver a todos sufriendo injusticias, castigos no merecidos, como yo! ¡Qué estúpido fui! Jamás podré perdonarme. Por eso se debe especificar bien un deseo. Ahora no me quedan más que mis gritos, los mismos que me sirven para desahogar el rencor acumulado que me condena al quinto circulo del infierno.

EL VIRUS QUE LLEGÓ DE CHINA

ARTURO J. FLORES / MEXICO



EL VIRUS QUE LLEGÓ DE CHINA

ARTURO J. FLORES / MEXICO

Pudimos ser la banda más grande del mundo. No exagero si digo que éramos capaces de construir una sucursal del infierno en cada escenario que pisamos.

Recuerdo a Rolly, el que fue nuestro *manager* y uno de los primeras personas que supe que se habían contagiado del virus que vino de China. No se me olvida cómo aplastó su cigarro contra el extintor de incendios de aquel bar en el que tocamos la última vez. Éramos los teloneros de Asfixia Sexual. Para nadie era un secreto que aquel trío de decrépitos *punks* de los ochenta había pasado de moda. La gente quería vernos a nosotros. Las páginas *web* musicales no paraban de hablar de nuestra banda. Simbolizábamos la esperanza de que el rock no había muerto por más que el reggaetón ganara terreno en el que de los más jóvenes.

Nos dijeron que teníamos 20 minutos para hacer caber las canciones que pudiéramos. Pero cuando tocamos la séptima —porque nuestras composiciones se distinguían por su brevedad— y nos despedimos, la multitud que atestaba aquel club olvidado por Dios no cesaba de exigir nuestro regreso.

Nadie gritaba el nombre de *Asfixia Sexual.* Mientras el *staff* recogía nuestros instrumentos, los integrantes del grupo estelar no se despegaban de sus tanques de oxígeno, de sus muletas y de golpearse el pecho para que no se les detuvieran los marcapasos. Parecían impresionados del incendio que habíamos iniciado y no parecía que fuera apagarse.

—Si quieres me llevo a mis muchachos —le dijo Rolly al dueño del pub, mientras apagaba el cigarro en el extintor de incendios junto a la señal de «*No Fumar*«— pero esta gente te va a destruir el garito.

Tocamos otros 45 minutos. Tito se abrió el pecho con un pedazo de botella rota. Intentó escribirse "Satán" en la piel y el muy imbécil lo hizo con zeta y sin tilde. Cantaba como los ángeles, pero era un imbécil. Santiago se llevó la guitarra a la boca para tocarla con los dientes, igual que Hendrix. El resultado: estropeó el tratamiento de endodoncia que aún no acaba de pagar. Mirella ejecutó sus partes perfectamente. Hay que reconocer que, si el caos que generábamos podía llamarse música, era gracias a ella. Se movía muy poco sobre el escenario, pero como buena bajista sabía de qué manera contenernos a los demás. Cuando se colgaba su instrumento, parecía que Mirella se iba a vivir a otra galaxia. Nunca la vi abrir los ojos durante un concierto.

De mí sólo puedo decir que estaba más preocupado porque no se me fuera a romper el parche del bombo que por no perder el ritmo, pero aun así encontraba espacio para pasármela bien.

Lo dicho: pudimos ser la banda más grande del mundo. Pero entonces el virus se escapó de China y todo se fue a la mierda.

Fue idea de Tito lo que pasaría aquella tarde 20 años después. Me llamó un miércoles por la mañana para preguntarme qué estaba haciendo. Nunca perdimos el contacto, pero tampoco sabía demasiado de su vida. Desde que nos desintegramos, había preferido mantener distancia física de mis amigos. Por eso y porque por decreto teníamos prohibido salir de la casa.

—¿Qué voy a estar haciendo? Pinchándome un arponazo de heroína con el *Animals* de Pink Floyd a todo volumen como fondo.

La verdad era que desde las seis de la mañana me había entregado a las obligaciones de mi jardín. La mala hierba no se iba a retirar sola y además, había encargado por *Amazon* una nueva planta de lavanda que tenía que acomodar en una maceta.

—¿Y tú? ¿qué haces? —le reviré.

Tito me dijo que aquella mañana, mientras armaba encima de la mesa de su desayunador un rompecabezas de un millar de piezas, con la imagen de Mickey Mouse, tuvo una visión. Así fue siempre. La razón por la que elegimos el nombre de la banda fue otra sus epifanías. Lo mismo que el diseño de la portada de nuestro único disco. Recuerdo que un día después de nuestro último concierto en el bar de mala muerte me mandó un mensaje al celular pata decirme: "anoche tuve un sueño. Vamos a dejar de hacer música. Así que tenemos que darlo todo en este concierto".

Pero esta vez, su visión tenía que ver con que nos volviéramos a encontrar. En vivo, como solían ser los conciertos antes de la llegada del virus que llegó de China. De carne y hueso, y no a través de una pantalla. Porque una semana después de aquel concierto en el que tres cuartas parte del bar se vaciaron cuando terminamos y casi nadie se quedó a ver a los ancianos de Asfixia Sexual, los cuatro únicamente nos habíamos visto a través de videollamadas. Lo que decía Tito era que había que atrevernos a salir. Oler una vez la peste a sobaco de Santiago, que mantenía una declaración de guerra contra la regadera. Volver a emborracharnos con los calimochos que Mirella preparaba y de los que nunca quiso confesarnos su ingrediente secreto.

¿Valdría la pena jugarnos la vida?

—]osé —me rogó Tito, con ese mismo carisma que lo convertía en un imán para las muchachas que hacían fila afuera del camerino para que él les firmara un pecho— han transcurrido 30 años. Esto no se va acabar nunca. El virus llegó de China para quedarse. Podemos reunirnos en casa de tu mamá, que es bastante amplia. Te prometo que estaremos en el jardín, donde el aire circula mejor.

Le dije que sí. Con la condición de que fuéramos solo los cuatro. Ni esposas, ni novios o hijos debían acompañarnos. Además, cada uno debía llegar con su mascarilla, aunque después se la retirara para poder comer algo. Porque obviamente prepararía una carne asada y destaparíamos unas cervezas. Iqual que en los viejos tiempos.

Se trataba de reunir a la banda que estuvo a punto de tener al mundo a sus pies, antes de que un virus que viajó desde China nos obligara a encerrarnos a piedra y lodo en nuestras casas y que desaparecieran los conciertos de la faz de la tierra. Un virus que nos condenó a la angustiante espera de que algún científico descubriera una vacuna y que tres décadas después, no había sucedido.

El mismo virus que llegó de China, a mí me convirtió en un jardinero que se dedicó a cuidar orquídeas cuando se aburrió de golpear los tambores de una batería de la que mis vecinos no paraban de quejarse por el ruido que producía. Un día, uno de mis hijos colgó una toalla húmeda en uno de mis atriles para que se secara y no le dije nada. Después, mi esposa utilizó el banquillo para alcanzar el nivel más alto de los armarios. Poco a poco, la convivencia familiar fue absorbiendo las piezas de mi instrumento. Igual que en las películas de ciencia ficción donde las ciudades abandonadas son cubiertas lentamente por la montones de hierba.

Tito me contó que algo así le había sucedido. Cuando el virus que llegó de China obligó al gobierno a decretar una cuarentena indefinida, tan infinita que hasta la fecha continuaba, dejó de cantar. Me dijo que al principio lo hacía en la ducha, mientras el agua le caía encima de la cicatriz que le quedó cuando se dibujó la palabra "Zatán" con faltas de ortografía, pero después guardó un sempiterno silencio. Le parecía un síntoma de esquizofrenia gritar para un público que no existía. Desde entonces se aficionó a grabar videos con su teléfono en los que hacía karaoke. El que pudo haber sido la voz más destacada del rock, se transformó en una estrella de *TikTok* que a los jóvenes les parecía un viejito "con ondita".

Reunirnos cuando las cifras de contagiados del virus que llegó de China y los muertos que había dejado a su paso eran tan altas, representaba un intento de suicidio. Los cuatro pasábamos de los 50. Santiago era diabético, además y Mirella había sobrevivido a un cáncer de mama. ¡Pero qué rayos!

Seríamos la banda más grande del mundo. ¿Por qué no firmar un pacto suicida como colofón de nuestra leyenda?

Llamamos a los demás y sorprendentemente estuvieron de acuerdo. Fijamos la cita para el sábado dentro de 15 días. Si alguno tenía un asunto pendiente, bastaba para que lo diera por terminado porque no existía la seguridad de que volviera con salud.

Nos acomodamos al principio alrededor de la mesa de afuera. Dejamos una distancia prudente entre nosotros y nos dejamos puestas las caretas de plástico. Todo iba bien. Incluso lavamos las latas de cerveza antes de destapar la primera y Mirella se dejó puesto el barbijo porque después de sobrevivir al cáncer había dejado de beber y de comer carne. Si acaso acompañaría el asado con un poco de agua y brócoli a la parrilla.

El tiempo no había pasado. Nuestra amistad continuaba incólume. El virus que llegó de China se había quedado afuera de esa burbuja en la que sólo cabían los recuerdos.

—¿Saben qué es lo que más extraño? —les comenté cuando el alcohol ya circulaba libremente por mi torrente sanguíneo.

Les dije que no eran las borracheras, ni las drogas. Tampoco aquella sensación como de besar al diablo que venía después de que nos enchufábamos a la corriente. Ni siquiera a los fans, que al principio ni existían y que después, cuando empezaron a convertirse en legión, se tuvieron que encerrar también en sus casas.

—El abrazo, *man*. Yo también... —pronunció Santiago, que entonces sólo se había bebido una lata, por consideración a sus riñones.

Lo último que hacíamos antes de subir a tocar era abrazarnos los cuatro. Mezclar nuestros sudores. Pegarnos el uno al otro como lapas a la corteza del otro hasta que no éramos una banda, sino un solo cuerpo que saldría de camarín a escupir música encima de la humanidad.

Era nuestro ritual. Si no nos abrazábamos, sencillamente no estábamos completos.

Si alguna vez nos convertíamos en la banda más grande del mundo, y seguramente hubiera sucedido si el virus no hubiera llegado de China, nos habríamos dado ese abrazo antes de saltar al escenario empotrado en medio de un estadio de futbol. Era como ponernos un condón de energía antes de follarnos al universo.

Tito se puso de pie. Se quitó la careta y después, se arrancó la camiseta como si se sintiera Hulk. Le costó trabajo, pero lo logró.

—¿Saben que es esto? —nos dijo exhibiendo la leyenda de "Zatan" que se le había cicatrizado en el pecho. Ya no estaba plano, la piel le colgaba en pliegues. Tenía tetas como las de un gorila.

Tito se paseó delante de cada uno de nosotros. Divertidos, lo mirábamos hacer.

—¡Este es el único tatuaje que tengo! —gritó— porque después de hacérmelo, no iba a permitir que nadie más me rompiera la piel. ¡Los quiero, cabrones!

Se hincó en el suelo.

-iY me caga no poder tocarlos!

Mirella se puso de pie y le puso una mano en el hombro.

—Ya me la peló el cáncer, ¿qué me puede hacer un bicho que vino del oriente? ¡Dame un abrazo, loco —y se quitó la careta antes de fundirse con el vocalista de nuestra banda.

Pero el monstruo estaba incompleto.

Santiago y yo nos miramos. No íbamos a dejar que nuestros compañeros saltaran por la borda del barco y quedarnos observándolos desde cubierta. Nos hincamos junto a ellos. Me sequé las lágrimas con el dorso del brazo. Si el virus no hubiera llegado de China, estoy seguro que nosotros hubiéramos llegado allá e infectado a los chinos con nuestra música. A estas alturas estarían cantando nuestras canciones.

Treinta años después, nos volvimos a abrazar. Hincados en el jardín de la casa de mi madre.

Pienso en todo esto justo esta mañana. He visto por las noticias que los científicos rusos han encontrado la vacuna contra el virus que llegó de China. Pienso en el cigarro que el Rolly apagó aquella noche junto al letrero de No Fumar del pub. Quizá aún arda la colilla en el infierno.

Me pongo de pie y me dirijo hacia mi batería. Le voy a quitar de encima las toallas húmedas. Pero antes, tal vez sea buena idea dormir una siesta o ponerle fertilizante a mis flores.

ENTRAMOS A LA LUZ IRMA REYES / CHILE



ENTRAMOS A LA LUZ

IRMA REYES / CHILE

Llevo treinta años aguardando, con impaciencia en ocasiones y con un cierto grado de escepticismo, en otras, la llegada de una tierra más digna, más justa, generosa, donde impere el reino del amor, la paz, la igualdad y la alegría.

Hay un momento en la vida de cada ser humano, en que alguna circunstancia, nos permite dar cabida o aceptación a la idea de una existencia mayor, y como piezas de un gran puzzle, todos los elementos comienzan a encajar y a tener un sentido diferente a la concepción que teníamos hasta ese entonces, acerca de inquietudes fundamentales que nos planteamos. ¿Quién soy? — ¿De dónde vengo? — ¿Hacia dónde voy?

En lo personal, deseché paulatinamente con el correr del tiempo, todos los dogmas inculcados por la religión heredada de mis padres y me fui centrando en la búsqueda personal. Tuve la suerte de ir encontrando en mi sendero, personas especiales que han sido los faros de mi ruta y mis maestros terrenales, acceso a literatura orientada al mundo no manifestado por decirlo de algún modo.

Por tanto, he experimentado en muchas áreas; los libros han sido parte importante en mi aprendizaje, la herramienta principal para ir logrando cambios en mi vida y así fue como llequé a integrar el grupo espiritual Rama, que posteriormente se pasó a llamar "Misión Humanidad".

Participé durante años en aquellos días, de muchas salidas a terreno, tuve contacto presencial con personas que canalizaban información de nuestros hermanos superiores, a través del método de la telepatía y escritura. Desde entonces, algunos de sus nombres me son aún familiares. Fui atesorando información y conocimientos al respecto sobre jerarquías, mundos, dimensiones, cuerpos y terminología que antes no tenía. Experimenté vivencias extraordinarias.

Por primera vez sentí que nuestra existencia es un gran y maravilloso proyecto, comprendí que estamos aquí, para llevar a cabo, un propósito. Y esto me parece coherente. Por lo menos para mí, tiene sentido. No es posible que lleguemos aquí a este plano a través del proceso de nacimiento, nos desarrollemos y creemos lazos afectivos importantes para luego morir y que ahí termine todo.

Respecto al fin del mundo, lo que hay es término de un período y comienzo de otro. De acuerdo a la Era astrológica, hay un proceso de lenta rotación precesional de la Tierra, que, pasando por los 12 signos zodiacales, dura alrededor de 2.160 años en cada Era, lo que da como resultado, aproximadamente un ciclo de 26.000 años.

Abandonamos la Era de Piscis y acabamos de pisar esta Era de Acuario, la que marca un cambio de conciencia en el ser humano, tiempo de prosperidad, abundancia y paz, lo que muchos han denominado la vuelta de la conciencia crística. Hay un profundo anhelo de cambio en todas las etapas de nuestra vida. A diario, individual y colectivamente, crucificamos viejos paradigmas y morimos a esos patrones, para dar paso a un nueva forma de ser, a criterios diferentes en que ampliamos nuestros horizontes de acuerdo a nuestro grado de evolución o crecimiento.

Fin del mundo es para aquellos que trágicamente deben abandonar esta existencia en situaciones catastróficas como tsunamis, terremotos, hundimientos, accidentes masivos, etc. Pero si verdaderamente consideramos que esos seres programaron su vida para abandonarla de ese modo, esa trágica circunstancia solo estaría dando cumplimiento a un plan mayor, basado en nuestro libre albedrío.

Entonces, tenemos que reflexionar al respecto. Nada ocurre por azar, todo está matemáticamente calculado, y somos como humanidad, las hebras o hilos de esta gran trama que es el universo y del cual somos parte. Es responsabilidad de todos elevar nuestra vibración para conducir a nuestro planeta a un nuevo nivel de conciencia. Cada uno de nosotros, afectamos el entorno, si uno avanza, avanzamos todos.

Nuestro quehacer es concienciar que somos luz, seres espirituales viviendo una experiencia humana, como humanidad y como planeta. Acabamos de dar un salto cuántico de un planeta de 3° dimensión a la 5°, cuyos portales fueron abiertos hace poco, labor apoyada cien por ciento por nuestros hermanos extraterrestres, actualmente en permanente comunicación con nosotros a través de las redes sociales, por diferentes canales que sirven de instrumento para este efecto.

HOUSTON, WE ARE A PROBLEM! KARLA PALACIOS / MÉXICO



HOUSTON, WE ARE A PROBLEM!

KARLA PALACIOS / MÉXICO 08 de Agosto 2033, 0800 hr.

- Houston requerimos información del impacto.
- Aquí Morgan, se trata de un artefacto de no más de 10 kilos, favor de esperar confirmación.
- Houston necesitamos la información ahora, el vídeo ya está en la red.
- La ingeniera García informa que se trata de una cápsula, en este momento se dirige a la base.
- Houston, favor de conectarnos a la red de la base queremos saberlo de primera mano.
- Base 888, aquí el capitán Morgan vamos a enlazar el audio con la Casa Blanca. García está trasladando el artefacto.

.....

- Capitán Morgan, aquí García detectamos que es material terrestre no explosivo ni radiactivo, damos comienzo a la apertura.
- Base 888, aquí la Casa Blanca favor de habilitar el video en modo seguro.
- Casa Blanca, conectado. Capitán Morgan aquí García, analizamos la cápsula y detectamos... ¡REPLIÉGUENSE, REPLIÉGUENSE!

"Hola, mi nombre es Asclepio, cuando escuchen esto no sé a ciencia cierta qué año será, quién lo descubrirá o si todavía habrá algo que hacer; yo estoy en el año 2888. La tierra ha cambiado totalmente, las casas están bajo tierra y solo se puede salir al exterior 3 veces por semana, porque la explosión de un lugar llamado 'Laguna Verde' en México' causó tanto daño a la atmósfera que 700 años después seguimos luchando con los estragos; el país más poderoso del mundo desde hace 500 años es Zambia ya que en 2300 descubrieron que poseían el lago Cocito, se proclamaron como hijos legítimos y únicos de Lucifer, la verdad nadie les creía hasta que en la cumbre de

la Organización Mundial de Reciclaje (OMR) hicieron desaparecer de la faz de la tierra a Italia, India, Pakistán y Bolivia, por votar en contra de que la piel de humanos muertos fuera curtida y usada para ropa, calzado y accesorios, pero bueno les contaré algunas cosas más mundanas de mi presente: a diferencia de lo que se pensaba en el año 2000, el agua no ha sido un problema, no nos hace falta y aunque se ha racionado y elevado su valor logramos replicarla a partir del polvo que cubre a Marte; no, nunca logramos habitar Marte, debido a que los seres identificados como mujeres no podían concebir hijos estando en ese planeta y los identificados como hombres perdían el control de esfínteres después de 2 o 3 meses de haber llegado, las máquinas no nos han dominado, los autos no vuelan, el animal más importante no eran las abejas sino las cucarachas, no hemos podido trasplantar un cerebro humano, Jesús nunca regresó, la corona inglesa dejó de existir en el 2045 y las religiones se abolieron por decreto en el 2220 (por eso para el 2300 nadie le creía a Zambia); China nunca llegó a ser potencia mundial, las competencias como el Mundial de Fútbol o los Juegos Olímpicos dejaron de existir en el 2290, en el año 2306 se encontró la primera colonia de centauros en Rusia; todo esto entre otras miles de cosas, pero no tengo mucho tiempo.

Como ven, el futuro no es del todo alentador y menos ahora, este audio es nuestra medida más desesperada; hace 50 años detectamos que un gran asteroide chocaría con la tierra y desde ese momento pusimos todo nuestro empeño para replicar lo que alguna vez fue un peliculón (bueno, espero que este mensaje llegue después de 1998 y entiendan mi expresión) 'Armageddon', pero lo hemos hecho sin éxito, el asteroide es del tamaño de las Bermudas algo así como 3 veces el que arrasó con los dinosaurios de ahí que en los últimos 15 años nos hemos dedicado a ir más profundo en la tierra para protegernos aunque eso no nos garantiza absolutamente nada.

Dentro de todo esto les tengo una buena noticia: como ya se están imaginando, logramos mandar mensajes de audio al pasado y aunque solo se nos permite a personal calificado es posible que la red terrorista suiza hackee nuestro sistema en un acto de rebelión, por ello hemos colocado las coordenadas en lo que fue Houston, lo suizos son tan engreídos actualmente que seguro se lo mandarán a ellos mismos.

Faltan solo 88 horas para el impacto, la mayoría de los seres están reunidos con sus seres amados en el exterior esperando el final, ya no están dispuestos a seguir adelante y prefieren confiar en ustedes, en que este mensaje llegue y hagan lo imposible por evitar el fin de su mundo, nuestro mundo.

Mi nombre es Asclepio soy neurólogo de redes de raíces de árboles, tengo 18 años, soy jefe de la Confederación Mundial de Salvación, hablo en nombre de todos los seres de la Tierra cuando les digo: «HOUSTON, TENEMOS UN PROBLEMA».

- Base 888, ¿Todos vieron y escucharon?
- Aquí base, afirmativo.
- Aquí Houston, Casa Blanca... ¿Cómo procedemos?
- Protocolo de emergencia, Houston todos ustedes y las bases entran en cuarentena, el satélite A.R.J debe ser desactivado para evitar fugas de información y que Dios bendiga a los Estados U... al planeta entero.



LA LLAVE DE LA PUERTA AL FIN DEL MUNDO

JUAN M. FERNANDEZ CHICO / MÉXICO

El departamento está en un edificio al borde del derrumbe. Es un suburbio desarrollado como un proyecto social para dar vivienda barata a personas de bajos ingresos que rápidamente se volvió un foco rojo de inseguridad. La ciudad lo abandonó a su suerte, inaugurando de vez en cuando alguna obra pública, como parques y puentes, que sólo sirven para cumplir la cuota de políticas públicas del gobierno en turno.

Carranco mira la fachada, seguramente le recuerda los días difíciles de su juventud. Tose para limpiarse la garganta.

- —Es aquí —. Dobla un papel y lo mete en la bolsa interior de la chamarra.
- —Hace culo de frío—.

Las manos de Mendoza se mueven rápidamente entre sí para darse un poco de calor.

- —Qué facha tiene este edificio —dice Mendoza.
- -Vamos-.

El camino hacia el cuarto piso es más deprimente que el exterior. Cualquier esquina basta para acumular basura, y la poca luz le da un toque de película de terror.

Tocan la puerta del departamento y abre una mujer de unos veintitantos años, delgada, casi en los huesos, con ojeras y un cabello delgado que le cae a ambos lados del rostro como si alguien lo hubiera dibujado con crayón.

- —¿Judith Huerta? —pregunta Carranco.
- La mujer asiente.
- -¿Son los del gobierno? -dice la mujer con un hilo de voz.

Carranco y Mendoza se ven. Les llaman de muchas formas, lo que hace difícil identificar el apodo que mejor representa a su profesión. Pero les basta ese, de que son del gobierno, en parte porque es verdad, en parte porque no es muy preciso. Pero finalmente eso son los apodos, una mezcla de ambas cosas. —¿Podemos pasar?—.

La mujer da un paso hacia atrás y abre la puerta.

El departamento es diminuto. Un olor dulzón, como de incienso, invade el lugar.

- —Está en la habitación —Judith señala hacia una puerta—. Pasen, en lo que les sirvo un vaso con agua.
- —Yo estoy bien, señora, gracias —contesta Mendoza, quien lleva las manos metidas en la chamarra. Hace más frío adentro que afuera.

Carranco es el primero en entrar. Es una habitación de niño, con monos de peluche y afiches de dibujos animados en las paredes. Miguel está sentado en la cama con un videojuego. No se inmuta cuando Mendoza y Carranco cierran la puerta para quedarse los tres solos.

Carranco se sienta junto a Miguel en la cama. Aunque el expediente dice que tiene nueve años, su cuerpo delgado lo hace ver como de seis, o menos.

—Hola Miguel, soy el agente Carranco, y mi compañero aquí es el agente Mendoza—.

Espera, pero no hay reacción. Miguel mueve los dedos sobre los botones de ese juego que Carranco nota debe ser alguna versión pirata que se consigue fácilmente en aquella zona.

—Queremos hablar contigo sobre algo que pasó en tu escuela la semana pasada—.

Las letras de *game over* sacan a Miguel de aquel hipnotismo. Levanta el rostro y ve los ojos de esos hombres como si los acabara de descubrir en su habitación.

Carranco mira a Mendoza y asiente, entonces Mendoza le extiende un folder color manila.

Saca una fotografía que pone sobre la cama, a la vista de Miguel.

—Un profesor tuyo vio esto escrito en tu pupitre—.

Con un dedo, Carranco empuja la fotografía hacia Miguel,

quien tuerce la cabeza para verla mejor.
—; Lo reconoces?—.

Vuelve el rostro a la nada y asiente lentamente.

Mendoza estira el cuello para ver la fotografía. Es una larga serie de números, letras y signos tallados en la totalidad de la madera del pupitre.

-; De dónde los sacaste?-.

Levanta el rostro. Sus ojos sin vida miran el cristal de la televisión.

—¿De la televisión? —pregunta Carranco curioso. Busca la mirada cómplice de Mendoza, quien también la mira extrañado —¿Fue en algún programa?

Miguel niega.

-iMe puedes mostrar cómo fue que lo hiciste?—.

Duda un segundo, pero se levanta y camina hacia el buró, de donde toma el control remoto. La enciende y deja presionado el botón para cambiar los canales. La televisión pasa de uno a otro rápidamente. La habitación se vuelve un vaivén de sonidos de programas de televisión y comerciales. Camina hasta sentarse a unos centímetros de distancia. Sus ojos se transforman en dos ventanas vacías que buscan capturar una imagen difusa entre todos aquellos fragmentos de realidad que pasan frente a él.

Pasan unos minutos, hasta que Carranco se levanta de la cama y da unos pasos hacia Miguel.

—Creo que hemos visto suficiente—.

*

Mendoza pone las manos sobre la rendija de la calefacción del auto. —Puto frío, y estamos en agosto —mira por la ventana a un grupo de niños que juegan con una pelota —. Y esos niños como si nada.

Guarda todo en el folder. No entiende nada de aquello. Ni el frío, ni aquellos números, ni nada.

- —¡Crees que nos esté ocultando algo? —pregunta Mendoza. Carranco levanta los hombros indiferente. Avienta el folder al asiento trasero.
- —Mira a tu alrededor. Este lugar es una zanja de mierda a la que nadie le importa. Todos estos niños estarán o muertos o en una cárcel en unos cinco años.

El grupo de niños grita el gol que uno acaba de anotar. Algunos sólo llevan una camisa de manga larga para cubrirse del frío. —Tal vez es una casualidad, nada más. Los jefes están demasiado paranoicos. Venir a buscar a un niño al culo del fin del mundo porque escribió unos puñeteros números en su banca —. Mendoza golpea con sus nudillos el cristal como si tratara de medir su dureza. —Como si fuese la mismísima reencarnación de Bin Landen—.

*

En la habitación oscura, la luz parpadeante de la televisión en estática sólo alcanza a iluminar la silueta de Miguel, quien la mira directamente, casi sin parpadear. En las manos lleva un cuaderno en el que cada cierto tiempo anota un número.

*

Carranco entra a una amplia y sobria oficina. Un hombre está sentado frente a un escritorio viendo algo en una computadora.

—Ah, agente, adelante—.

Camina lentamente hasta sentarse en una de las dos sillas frente al escritorio.

- -Me dicen que no encontró nada-.
- -El niño no sabe nada-.

El hombre mira la pantalla de su computadora y mueve el *mouse*. Los lentes en la punta de la nariz parecen indicar que busca algo.

- —Que obtuvo ese código de la televisión —finalmente dice.
- —Sí, de cambiar los canales demasiado rápido —contesta Carranco cansado. —Seguramente fue una casualidad—. El hombre se guita los lentes y pone sus manos sobre el escri-

torio. Mira por la ventana.

- —Sería una casualidad demasiado... —cierra los ojos, seguramente busca la palabra adecuada en su mente —Poco probable, si podemos decirlo de esa manera. ¿Y la madre?—. Carranco niega.
- —Una madre soltera que trabaja catorce horas al día, ni siquiera tiene tiempo para hablar con su hijo—.

El hombre vuelve a poner su atención en el monitor de la computadora.

-Gracias, agente-.

Sin saber si han terminado, Carranco se levanta. Sobre el marco de la puerta, se detiene.

- —Cuando preguntó sobre el niño, usó el término «código» para referirse a lo que escribió en el pupitre.
- —Así es —contesta el hombre, sin mirarlo.
- —No soy un experto en la materia, pero código normalmente lo usamos para referirnos a una contraseña.

El hombre detiene los dedos en el aire, mira hacia la nada, si es que aquello existe. Carranco se toca el cuello, un tic nervioso que tiene desde niño.

—Así es agente, «código» es la expresión que usamos para código de acceso—.

Asiente, satisfecho, pero muy dentro no lo está. El hombre descansa las manos sobre sus piernas.

-;Y qué abre ese código, señor?-.

El hombre levanta la mirada para encontrarse con los ojos café oscuro de Carranco.

-Ese código es la llave de la puerta al fin del mundo, agente-.

*

El pequeño departamento está hecho un desastre. La puerta principal tumbada, una lámpara quebrada, el clóset del cuarto de Miguel con las puertas despostilladas y la ropa regada en el suelo. Un ligero sollozo se escucha al final del departamento. Judith llora, y lleva el teléfono pegado a la oreja.

-¡Se lo llevaron, esos hombres se llevaron a Miguel!—.

*

Hay un largo tablero con botones y luces parpadeantes. En la pared de enfrente, un par de pantallas muestran números y palabras que cambian constantemente. La única constante en cada pantalla es una columna con pequeños cuadros verde iluminados. Un hombre joven está sentado presionado algunas teclas, cuando una mujer entra.

- -iDesde cuándo está así? —pregunta la mujer.
- —En cuanto cambió a rojo, te marqué... —contesta el joven nervioso.

La mujer se muerde el labio. Mira ambas pantallas buscando algo.

- —Todo se ve normal —dice.
- —Sí, es sólo esa compuerta—.
- —Si cambia a verde u otra compuerta se abre, me hablas. Voy a revisarlo con Seguridad de campo—.

Da media vuelta rumbo a la puerta cuando un pitido la hacer volver. Las columnas de color verde cambian rápidamente a un intenso rojo que convierten aquel monitor en un corazón palpitante de luces y sonidos chillantes.

El hombre empuja su silla para atrás.

—¿Qué está pasando? —pregunta, pero la mujer mira enmudecida—. ¿Qué carajos está pasando?



LA MISIÓN GLORIA QUIÑONES OCHOA / PERÚ

Todo comenzó en el 2020 con "la Pandemia". La abuela decía que hubo millones de muertos en todo el planeta y que uno de los síntomas era que perdías el olfato. Así empezó todo. Luego, las siguientes generaciones empezaron a nacer ya sin este sentido. Al estar siempre con mascarilla —pedazo de tela o algún otro material aislante que cubría la boca y nariz— fueron olfateando cada vez menos y un buen día, dejaron de oler.

"Ese año la vida cambió para siempre" solía decir la abuela con tristeza. Guardaba celosamente fotos de su vida anterior, cuando tocarse era lo natural. Ahora eso parecía tan poco higiénico que daba asco de solo imaginarlo. Con las fotos, podía confirmar que, efectivamente, intercambiaban fluidos como la saliva, el sudor y hasta... sí, ¡hasta eso! Por increíble que parezca, eran tan primitivos que entraban unos en otros para reproducirse.

Siempre sentí gran curiosidad por el álbum de la abuela, el cual fue protegido por mi madre como el tesoro más grande de la Tierra. A pesar de la guerra, a pesar del servicio de inteligencia, a pesar de las mudanzas, huida y refugio, a pesar de todo lo que pasó, logró esconderlo y conservarlo. "Es nuestro legado, nuestra historia, es lo más valioso que tenemos y debes protegerlo... ahí está nuestra esencia y tu futuro", es lo último que me dijo antes de su partida, mientras me indicaba dónde y cómo encontrarlo. Fue la última vez que la vi, mientras la dormían y cerraban su cápsula para ser enviada al espacio, a un viaje al infinito donde algún día volveremos a encontrarnos.

Aquí estaba yo, escondida, viendo el álbum de la abuela, la historia de mi familia a través de desteñidas fotos de un mundo que no conocí; pero del que mi madre se encargó de contarme tanto y con tanto detalle, que al ver cada imagen era como reconocerme, como si de algún modo estuviera volviendo a casa.

Estaba viendo y tocando esa reliquia con gran cuidado y temor de estropearla, cuando un ruido exterior me asustó y solté el álbum, dejándolo caer. Quedé aterrada, sabía que si me encontraban viéndolo, me darían la pena máxima. Estaba prohibido hablar del pasado porque estudios científicos habían descubierto que eso nos hacía daño como especie, añorar otros tiempos solo nos llevaba al sufrimiento y al desacato; por eso, habían destruido todo lo anterior al 2020, todo lo que nos recordara cómo había sido la vida hasta antes de la pandemia.

Sentí pasos. Me quedé paralizada. Podía escuchar cómo latía mi corazón. Cerré los ojos esperando lo peor; fueron segundos eternos hasta que comprendí que seguía sola. Yo y el álbum de la abuela. ¿Qué iba a hacer con él? ¿Dónde lo guardaría nuevamente? ¿Y si me lo quedaba para digitalizar las imágenes? Lo subiría a la nube, era cuestión de segundos. No, todo estaba vigilado, sabían cada posición de cada uno de nosotros desde que nos pusieron el *chip*. Eso también me lo contó mi madre. Se generaron dos corrientes. Ella estuvo del lado de la oposición. Exigían libertad. Los persiguieron. Huyó. Le destruyeron la vida. La encerraron. Finalmente, igual se lo pusieron. Como lo tengo yo. Solo que a mi generación ya nos lo implantaban al nacer.

¿Qué podía hacer? ¿Y si lo vendía? Ese álbum seguro valía una millonada. Tal vez con eso podía comprar mi libertad. Ya se había vuelto más seguro "el interestelar", el viaje a Marte ya era una realidad. Habían colonias de humanos que vivían libremente; pero como siempre, eso estaba limitado solo para los que tenían poder económico, el resto, teníamos que seguir aquí, en este planeta infectado y moribundo.

Suspiré pensando que no debía seguir perdiendo tiempo. Ya había visto lo que mi madre y mi abuela habían querido. No estaba segura si me habían hecho un favor o echado una maldición, porque ahora debía ser la cuidadora de este álbum que solo era un testimonio de la desgracia que había sucedido, de lo irremediable, un terrible testimonio de cómo destruimos nuestro paraíso.

No sé cuánto tiempo me quedé en silencio. Solo sé que se me humedecieron los ojos como nunca antes me había ocurrido. Entonces, me acerqué para recoger el viejo álbum que seguía en el suelo y al levantarlo, vi que se había roto la tapa y del forro, cayó algo.

Era un sobrecito muy pequeño. Estaba cerrado. Lo sacudí. Sonaba algo dentro. Lo abrí con cuidado. En él, había unas pequeñas semillas y un papelito doblado. Era un mensaje escrito a mano de mi abuela: "Semillas de rosas. Año 2020. Cada semilla es de una rosa de color y aroma diferente. Aromas únicos, exquisitos, que despertarán tus sentidos". Luego explicaba cómo sembrarlas y el cuidado que debía darles para que se convirtieran cada una en un rosal.

Ahora comprendía por qué acá estaba mi futuro. Eso era lo que tan celosamente guardaban. Volví a ver el álbum. Había fotos de mi madre de pequeña jugando en el jardín de la abuela. Las rosas que la rodeaban eran increíblemente hermosas. Aparecía mi abuela, en la plenitud de su vida, disfrutando con su niña. Había una imagen en la que las dos estaban oliendo las rosas. Cerraban los ojos en señal de felicidad. Ese olor que yo no conocí parecía ser muy importante para ellas. Era el olor de los años felices, era el olor de mi familia.

Fue entonces, que decidí vender el álbum. Sí, parecía un sacrilegio y podía ser una traición; pero era la única forma de salir de aquí.

Lo logré. Conseguí un coleccionista. Con esto pagaré mi viaje interestelar.

Me voy. Llevo conmigo las semillas. Empezaré todo de nuevo. Otra vez habrá jardín. Otra vez habrá una niña jugando y una madre cuidándola feliz. Otra vez habrá vida, amor, olor a familia.

LA REBELIÓN DE LAS COSAS JUAN MACHÍN / MÉXICO



LA REBELIÓN DE LAS COSAS JUAN MACHÍN / MÉXICO

"¿No puede durar el mundo veinte millones de años todavía? Si así fuere ¡qué no llegarán a ser las máquinas!" Samuel Butler

Ese día, para John Machine, fue perfecto y estaba feliz. Por la mañana, Machine participó, junto con otros empresarios y políticos a nivel mundial, en la declaración oficial del fin de la pandemia del covid-19 y, simultáneamente, la señal de salida para la última revolución tecnológica, sólo comparable a las de Gutenberg o la Industrial. Aprovechando la tecnología 5G se había logrado finalmente la conectividad total, el llamado internet de las cosas. Machine había colaborado activamente, desarrollando programas y circuitos para que absolutamente todas las cosas contaran con dispositivos inteligentes para interactuar con las personas y entre sí, a través de un sistema complejo y completo de conexiones inalámbricas. Se decidió dar la señal de salida el mismo día en que en el mundo se diera de alta al último paciente infectado de covid-19, como una manera de significar que la humanidad había ganado la batalla y que la globalización también tenía aspectos positivos.

Por la noche, John fue a su habitación. Encender lámpara de noche- ordenó. Ya en pijama, se acostó, llevando consigo el paquete que le habían enviado anónimamente y que se adivinaba era un libro de pequeño formato. Se cubrió con la frazada eléctrica y le indicó: ajustar temperatura a 69 grados. Al confortable calor de la frazada, Machine rasgó la envoltura de papel. Era una traducción al inglés del libro "Cvaderno de notas sobre algunos sucesos de amor, ciencia, arte y muerte que pudieron pasar desapercibidos antes, durante y después de la cuarentena" de Juan Machín, un escritor mexicano. Lo abrió en la página señalada por un separador. Era un cuento

breve llamado: "La rebelión de las cosas". El cuento comenzaba con una cita del libro "Erehwon" de Butler. Afirmaba el autor que no habíamos sabido escuchar las sabias advertencias del escritor inalés. Se debieron prohibir los relojes y todo el desarrollo tecnológico, la evolución veloz de los aparatos ponía en riesgo a la humanidad. Había muchos indicios de que las cosas tenían vida propia y que odiaban a las personas, rebelándose cotidianamente de numerosas maneras: Ílaves, celulares y lentes que nunca están donde les dejamos, los calcetines que invariablemente dejan de ser pares, las mangueras que se atoran en todos lados, los nudos de cuerdas que se deshacen invariablemente, la pata de la mesa que golpea el dedo meñigue, diarias manifestaciones de la llamada Ley de Murphy. Machin advertia que, al llegar el internet de las cosas, advendría la cosanoósfera, sería la etapa siguiente de la evolución no prevista por Teilhard de Chardin, quien ingenuamente se detuvo en la noósfera. Y concluía: conectar todas las cosas, cuando éstas odian a la humanidad, sería un suicidio global.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Machine, cayendo en cuenta de que había colaborado en abrir una verdadera caja de Pandora. Entendió que tenía que detener todo. Pero, lo que Machine no alcanzó a entender fue que ya era demasiado tarde: la lámpara de noche había leído por encima del hombro de John y la frazada eléctrica sabía lo que tenía que hacer...

LA ÚLTIMA VAMPIRA

MIGUEL QAIRY / PERÚ



LA ÚLTIMA VAMPIRA

MIGUEL QAIRY / PERŰ

Mientras caminaba sin rumbo, observaba los restos de una ciudad que hace cientos de años era una de las más hermosas. De aquella belleza ancestral no quedaba ni la sombra. Las aguas cristalinas de su famoso río, ahora lucían pantanosas y de un color brea repugnante. El Puente de la Victoria, llamado así porque allí se celebró la victoria del último partido político que llegó al poder, que se erigía orgulloso en aquel entonces; ahora se encontraba destruido. Ocurrió durante la última guerra mundial, ya ni recordaba qué la originó. La mayoría de la población se encontraba atiborrada en ese puente, queriendo cruzar a la ciudad vecina donde, se decía, había un refugio. Fueron bombardeados sin piedad y junto con los restos del puente cayeron en aquel río los suyos propios. Ella lo recuerda perfectamente. Estuvo en aquel puente ese día. Pero su inmortalidad la salvó de ese trágico destino.

Los humanos solían llamarlos Vampiros, una insultante forma, a su entender, ya que usaban la característica de un animal desagradable. Intentó recordar cómo se llamaban originalmente. Nada. Habían pasado ya dos años desde la última vez que se alimentó. Sabía el tiempo exacto gracias a un reloj que siempre llevaba en el bolsillo derecho de aquel pantalón jean pálido. Era imposible ahora saber si era mañana, tarde o noche. El cielo totalmente verduzco con tonalidades rojas era el mismo a cada momento, un recuerdo más de aquella guerra.

No tenía idea cuánto tiempo más su cuerpo resistiría sin alimento. Había probado de todo, hasta sangre animal. Su última esperanza habían sido los bancos de sangre. Sin embargo, los hospitales fueron de los primeros blancos durante los bombardeos y, al estar cerca a estos, ambos sufrieron la misma suerte. Ahora, sin fluido eléctrico, dudaba que quedara algún depósito en condiciones. Su inmortalidad, toda una ventaja desde tiempos ancestrales, ahora le resultaba desagradable.

Intentó suicidarse muchas veces, pero nada resultó. Incluso, aunque sin ninguna esperanza, se clavó una estaca en el corazón, ingresó a una iglesia y abrazó la cruz que en ella había, comió decenas de ajos, intentó decapitarse...sin ningún resultado. Al hacer esto último aprendió algo nuevo: Los huesos de su especie son indestructibles. Sin embargo, sí existía algo a lo que eran vulnerables. Sí existía algo que podía matarlos: Otro vampiro. Y lo aprendió de la peor forma posible.

Cuando la guerra empezó, ella y sus hermanos buscaron un lugar alejado donde esperar a que todo terminara. Se encontraron en el camino con otro grupo de ellos. Se reconocían de inmediato. Aquel brillo en los ojos, que era imperceptible por los humanos, los delataba ante los suyos. Esperaron pacientemente. Ya habían presenciado otras guerras antes. Pensaron que sería iqual esta vez, que bastarían unas décadas para que la tormenta pasara y todo volviera a ser como antes. No tenían idea de lo equivocados que estaban. Su raza nunca presenció hecatombe semejante y no volvería a hacerlo. Fue una guerra corta, solo duró nueve días. Después del despliegue destructivo de los primeros días, el infierno ascendió a la superficie cuando miles de bombas atómicas de diversa índole empezaron a destruir el planeta. A los nueve días, ya no existían luchadores ni nada por lo que luchar. Al principio se dividieron en grupos, quienes buscaban supervivientes y se unían a ellos, haciéndoles creer que eran humanos para luego poder alimentarse. Sin embargo, un grupo empezó a fomentar una idea que llevaría a la extinción a su propia raza: si hubiera menos vampiros, habría más alimento para el resto. Fue su propia guerra mundial, aunque duro muchísimo más que la humana. De todo aquel enfrentamiento solo quedó ella. Ya ni recordaba cuando había sido la última vez que conversó con alguien. Partió hace mucho de este lugar, siempre avanzó hacia delante, ahora que llegaba al mismo punto ya no le quedaba la menor duda: ya no existía un solo ser humano ni vampiro en este mundo estéril. Así que se acostó sobre los escombros, contempló los hermosos colores del cielo radioactivo y cerró los ojos esperando que la muerte se dignara a hacer, por última vez, su único trabajo.

La despertó un olor que creía extinto, algo se cocinaba, alguien cocinaba, alguien...se incorporó bruscamente y empezó a seguir el rastro, estaba cerca, lo sabía, cuando supo que solo un muro los separaba se detuvo, sigilosamente observó a su presa: era un humano adulto, cabello negro largo grasoso y amarrado con unos pasadores sucios, era delgado, muy delgado, aunque la ropa andrajosa que vestía ocultaba con su decadencia la suya propia. Había hecho un poco de fuego y sobre el mismo se encontraba una lata de atún calentándose. Ella dejó de observarlo, a pesar del aspecto de aquel hombre, no sabía cómo explicarlo, se sentía tranquila. Salió lentamente y empezó a caminar hacia él. Cuando él la observó, se quedó perplejo unos segundos, parpadeó muchas veces temiendo que fuera una ilusión, un delirio más de su condición, se puso de pie y elevó los brazos en señal conciliadora. "Hola", dijo con suavidad y de forma pausada, al no recibir respuesta añadió: "Do you speak english?" Ella intentó hacer un esbozo de sonrisa: "Hola", respondió finalmente.

Él le contó todo lo que había pasado, que había nacido en un mundo ya devastado y no tenía idea de cómo era antes. Ella tenía muchas ganas de contárselo y lo hizo, pero ocultando su conocimiento en los libros que había leído. Juntos imaginaron un mundo lleno de personas, con un amanecer y un anochecer, con verde y celeste exaltando la vida, luego observaron alrededor y la fantasía se esfumó, se observaron mutuamente, él sonreía y ella pudo notar un brillo de esperanza en aquellos ojos negros, sabía lo que estaba pensando, creía que ella era una humana y que su extinción sería postergada. Debía mostrarle su aprecio apagando su esperanza. Se acercó a él y se sentó al lado de su cuerpo, apoyo la cabeza en su hombro, el giró el rostro y le acarició el cabello. Ella sentía como aumentaban sus palpitaciones, se sentía triste por perder a su única compañía, pero se conocía y sabía que mientras más tiempo

pasara, más difícil sería todo. Se acercó a él y le dio un suave beso en los labios, luego dirigió sus dientes, ahora colmillos, a aquel cuello río de vida y lo mordió. Sintió el estremecimiento de los cuerpos. Uno por el placer, otro por la sorpresa y el dolor. Aunque solo lo pensó unos segundos, antes de sentir en su propio cuello como unos dientes desgarraban su carne. Ella entornó los ojos y lo observó, el negro de los ojos de aquel hombre había invadido toda su cuenca, él también la observaba, sonreía con esos dientes como rubíes. Entonces ella lo entendió. Los vampiros no eran los únicos seres inmortales que habitaban entre los humanos, existían otros que se alimentaban de su carne, ellos los consideraban salvajes y nunca había conocido a uno. Y ahora, allí se encontraban ambos, mientras ella recuperaba la carne faltante gracias a la sangre de aquel ser, este recuperaba la sangre perdida gracias a la carne de ella. Ambos sumidos en la eternidad.



LIMBO ERNESTO MORENO / MÉXICO

Santiago se sentía abrumado, nunca se imaginó que su percepción de la realidad pudiera cambiar de manera tan abrupta en tan poco tiempo. Ahora mismo no se reconocía a sí mismo, tampoco reconocía a sus hermanos o a sus amigos, incluso Mariana parecía alguien diferente. Esa tarde cuando miraba al oeste, en el cielo borroso había visto algo, más allá de entre las nubes. Nunca se imaginó que la vida como la conocía, estaba por acabarse. Ahora, cuando lo piensa a la distancia, ser arrepiente de no haber disfrutado más esa claridad que tenían los días, esa coherencia que tenían sus pensamientos.

Ernesto les había comentado que él también lo había visto, mientras observaba Aldebarán, una luz pálida había captado su atención, pero aseguraba que llevaba ya varios días en el firmamento, y que no parecía verse más brillante, tal vez solo estaba de paso, algún cometa.

Después, tan de repente, sin previo aviso, vino la cacería humana, tener que salir así, a la persecución del señor Rodrigo, un comerciante de ganado que vivía a las afueras del pueblo. Había enloquecido una noche de luna llena, había asesinado a su familia, y había intentado hacer lo mismo con sus vecinos. Esa noche de persecución fue extraña, la bruma y la atmósfera estaban raras, demasiados grises en el aire, como si hubiera un incendio, pero no lo había. El bosque estaba callado, en silencio, eso también era muy extraño.

La partida encontró al señor Rodrigo cuando intentaba saltar un desfiladero que está en la falda de la montaña. Sus ojos estaban inyectados de sangre, el primer disparo –Ramón le acertó en la pierna- pareció tranquilizarlo de alguna manera ilógica. Sus ojos volvieron a ser los mismos que Santiago miraba cada vez que le compraba los cerdos. Les dijo con la complicidad de quien ha pasado incontables tardes bebiendo mezcal y compartiendo historias de sus mujeres, que él no

había podido hacer lo que dicen que hizo, que no era él, que no podía ser él, y sin embargo, su ropa estaba atascada en sangre, sangre de sus niñas.

Nunca se preguntaron por qué tardo tanto en morir, por qué 19 tiros no fueron suficientes, por qué tuvieron que estrangularlo y deshacerles la cabeza a hachazos para poder lograr que ese cuerpo destrozado, dejara de moverse de una vez por todas. Y tampoco se preguntaron por qué su carne estaba podrida, llena de gusanos. Y por supuesto, que nunca comentaron, ni siquiera entre ellos el terrible secreto que a continuación sucedió. El parte de esa noche fue que el señor Rodrigo había logrado cruzar el acantilado y había huido rumbo a Durango. Nadie les creyó, pero tampoco nadie preguntó nada. Era como si un extraño sopor de apatía los dominara a todos.

Habían pasado tan solo dos días y Santiago estaba seguro que otros estaban en el bosque. Carlos, Ramón y Octavio se habían perdido también en él. Y las contadas ocasiones que se había adentrado en la penumbra de los árboles, Santiago había creído ver lo que parecían ojos, que furtivamente se escondían en la espesura de los matorrales, manos, que elaboraban trampas con estacas, con acero, se movían en parejas y no emitían ruido alguno. Ernesto, mantenía comunicación, pero recibía a tiros a cualquiera que pusiera un píe a 100 metros de su casa. Mariana estaba como aterrorizada, lo trataba con el máximo cuidado y evitaba pasar el menor tiempo con él, siempre tenía una excusa.

"He estado observando la constelación de Tauro con detenimiento Santiago", Le decía Ernesto por teléfono. Tal vez no te has dado cuenta, pero ahora eso es lo que más importa, lo demás, es lo de siempre, nuestra historia Santiago, nuestro dolor y nuestro espanto, es el mismo de todos los hombres. Todo está repitiéndose, otra vez.

Y sin embargo, la vida seguía siendo la misma, pero enrarecida. Santiago se sorprendió de la facilidad con que las personas nos acostumbramos al horror, a o extraño, de la normalidad con que seguían actuando las personas que todavía

quedaban en el pueblo, de cómo seguían visitando la iglesia, el mercado, pero ahora todo era como más gris, sin color.

Santiago decidió hacer algo radical antes que la penumbra que se apoderaba lentamente del pueblo lo inhabilitará a él también. Cuando tocó la puerta de Abraham le sorprendió ver las macetas de Andrea por el suelo, rotas. Abraham tardó en responder.

¿Qué quieres? - Le escupió a través de la rendija de la puerta. -¿Dónde está Andrea?, ¿Qué hiciste con los gemelos? Le preguntó Santiago.

-Siempre preguntando cosas para las que ya tienes una respuesta- Le contestó Abraham sardónicamente.

Santiago no recordaba lo que sucedió esa noche en el acantilado, después de esconder entre las rocas el mutilado cuerpo del señor Rodrigo. Solo sabía que se había emborrachado hasta amanecer dos días después en un estado lamentable.

-Abraham por favor- Le suplicó.

El cañón de una escopeta de caza asomó por la rendija. -Lárgate de una vez, maldito seas, hipócrita hijo de puta, lárgate antes de que te vuele la puta cabeza. -

Pero Santiago no se dejó amedrentar, fingió que se retiraba, y en ese momento de una patada aplastó la puerta contra la cara de Abraham, éste cayó desmayado en el piso. Santiago recogió la escopeta y corrió hacia la planta superior de la casa de madera. Encontró a los gemelos amarrados a sus camas, parecían dormidos. También encontró a Andrea, muy maltratada. No intentó soltarla, algo no estaba bien con sus ojos, la manera en que lo miraba le aterró. Al salir, solo escuchó un susurro, era Abraham que desde el piso estaba recuperándose. -¿Te acuerdas de lo que decía el viejo Eduardo?, ¿te acuerdas? Le decía Abraham mientras se levantaba lentamente. Que antes había aquí un pueblo mestizo, que había desaparecido, una plaga había exterminado a todos los colonos, ellos llegaron después, cuando él era un niño, allá por 1900s. También de-

cía que su nieto Aldo, había investigado esa historia mientras estudiaba la universidad allá en México, que le había dicho que antes del pueblo mestizo éste había sido un asentamiento indio, y que cuando los colonos juaristas habían llegado al valle, tampoco habían encontrado nada, solo restos de personas mutiladas, siempre se creyó que los habían asesinado los colonos para quedarse con sus tierras, u otros salvajes, qué sé yo, otra tribu. ¿Te das cuenta Santiago?, ¿te das cuenta?

Santiago recorrió en su motocicleta las calles desiertas del pueblo, le pareció ver a Alicia en una esquina, arrastraba algo, un cuerpo tal vez. No se detuvo a averiguar, siguió hasta llegar a la oficina de la policía municipal. Alguien se le había adelantado, se habían llevado todas las armas y las municiones. Escuchó un motor que arrancaba, corrió, en la parte trasera la camioneta –que reconoció al instante, era la de Ernesto- se marchaba zigzagueando por el camino que va hacia la montaña.

Pero Santiago había vivido toda su vida en el pueblo, conocía cada recoveco como la palma de su mano, así que manejó por la vereda y se metió entre los matorrales, siguió de frente y dio la vuelta para aparecer exactamente por donde en unos 30 segundos pasaría la camioneta. Sabía perfectamente que Ernesto no se detendría, -si es que era Ernesto el que manejaba-, así que se la jugó, cuando la camioneta apareció, brincó desde el borde más alto del camino y cayó directamente en la caja de la camioneta. Antes de que Ernesto pudiera hacer nada, Santiago se introdujo por la ventana trasera y le apuntó con la escopeta.

Ernesto seguía conduciendo, serio.

- -Me vas a explicar qué chingados está pasando- Le dijo Santiago.
- -Yo no los maté. Le contestó Ernesto. Ya estaban así cuando llegué.
- -¿A quién? Gritó Santiago. ¿De qué putas hablas?
- -¿No los viste?, contestó Ernesto. A los municipales.
- -No había nadie- Dijo Santiago.

Ernesto se quedó serio, sacó una botella de aguardiente y le dio un trago, luego se la paso a Santiago. -No confío en ti, pero ya nada de eso importa, los demás están muertos o andan por ahí, ¡maldita sea!, ya no sé ni siquiera si son ellos, si tú y yo somos quienes creemos que somos.

Santiago tomó largamente de la botella, luego se calmó un poco.

- -Ernesto. Le dijo. Sé que nunca hemos sido los mejores amigos, pero te lo suplico, dime qué diablos está pasando.
- -Son las estrellas hermano, las estrellas negras, están aquí, alrededor de nosotros.

Santiago descargó un tiro fuera de la camioneta mientras gritaba: -¡Puto loco, dime algo que pueda entender!

Ernesto lo miro fijamente mientras seguía conduciendo, comenzó a llover, una espesa bruma lo cubría todo.

-Te mostraré cuando lleguemos.

Pero nunca llegaron, pues una neblina pesada y oscura los envolvió, haciendo desaparecer sus almas, sus existencias, haciendo desaparecer el camino y la montaña misma, se había cumplido el plazo nuevamente, pero ahora la niebla se desparramaba por el monte, y muy pronto alcanzaría a las ciudades, a los puertos. La oscuridad lo cubriría todo.



MONTE DE SOTAH

MARSHIARI MEDINA / MÉXICO

Lior Masit había pronunciado el fin de la Guerra de los Siete y prometido un período de tregua. Parecía que todo volvía a la normalidad. Los centros de microchip reanudaban sus labores. Había rifas de trabajos para recoger escombros, construir nuevos refugios o cuidar los invernaderos. Se habilitaron centros de atención comunitaria donde actualizaban la base de datos de los ciudadanos. Una relativa calma se apoderaba de las poblaciones sobrevivientes que llevaban años viviendo en moradas subterráneas, ocultos como ratones furtivos, escuchando el latiqueo explosivo de los misiles lanzados desde bases remotas. Se ignoraba cuantas personas habían sobrevivido, pero se rumoreaba que restaban menos de dos mil millones de habitantes repartidos por el mundo. Así que cuando los cielos se despejaron de las negras nubes de la guerra y fragmentos azulados se vislumbraron en el Monte de Sotah, las multitudes se congregaron alegremente enardecidas, esperando presenciar la inauguración de la Tregua. La paz había llegado.

Sin embargo, meses después, en medio de una transición exitosa, empezaron a escucharse rumores inconcebibles. Se decía que había una secta de cazadores que atropelladamente entraban a los búnkers habitacionales y secuestraban a las mujeres embarazadas. Se contaba que entonces eran conducidas a un subterráneo abandonado, donde, tras un siniestro e innombrable ritual, eran ofrecidas a un monstruoso enjambre de avispas negras para ser devoradas. Dado que la Tregua era un nuevo régimen político y social, estaba estrictamente prohibido hacer cualquier mención a murmuraciones no verificadas, pero la gente hablaba entre sí sobre aquellos cazadores que cometían los crímenes más terribles. Todos sabían algo, pero nadie podía asegurarlo.

El primer ataque oficial de los Enjambres fue en una pequeña comunidad del Monte de Sotah, cuando un colosal terremoto pulverizó la región. No se podía distinguir entre día y noche, ni superficies de entre las mareas de lodo. Parecía que un volcán había escupido sus ascuas, enviciando todo con su magma y obscureciendo cada rincón con su hálito requemado. Cual muertos vivos, los Enjambres emergieron de aquellos abismales socavones, y arrasaron con todo animal o persona que se cruzara en su camino. Decían que sus ojos enfurecidos parecían lenguas de fuego, y que sus garras terribles descuartizaban con el primer golpe. Los pavorosos alaridos de la gente y los lastimeros chillidos de los perros que eran ultimados en su desaforada huida, se quedaban ahogados con el rugido de aquellos terroríficos demonios que aniquilaban todo a su paso. Tras aquel horror, el pequeño poblado se convirtió en una tumba fantasmal, levantada sobre el hedor de los cuerpos que, en su viaje, llegó hasta comunidades aledañas, cubriendo de muerte el aire que se respiraba. Las autoridades no declararon nada al respecto. Pero tampoco negaron los hechos.

Se creía que los Enjambres eran un ejército de quimeras que hace décadas el Dragón Asiático había creado en sus laboratorios para hacer sucumbir las fuerzas aliadas. Otros aseguraban que eran demontres venidos directamente del averno para castigar a la humanidad. La versión oficial, divulgada en todos los centros comunitarios, era que los Enjambres estaban muy lejos de las leyendas urbanas que esparcían su pánico entre las poblaciones. Efectivamente, bajo la jurisprudencia de la Tregua se establecería un nuevo sistema en el cual era necesario un renovado cuerpo de vigilancia y castigo. Los Enjambres eran súper soldados, dotados de algunas características clasificadas, que eran capaces de sobrevivir a diversas eventualidades bélicas y ambientales. Sus acciones eran meramente correctivas, y estaban enfocadas a reducir a los grupos rebeldes. Aquella declaración no hizo más que confundir aún más a la población.

Las ejecuciones de aquellos seres no tenían lógica operativa. Siendo espectros fantasmales, irrumpían por las noches a los refugios y comenzaban a entonar sus espeluznantes cánticos, mientras aniquilaban cruelmente a sus habitantes. Las ejecuciones se hacían sin armas de fuego, y su firma distintiva con-

sistía en amontonar los brazos y piernas de los sacrificados en una especie de pirámide invertida. Las horripilantes escenas del crimen demostraban un nivel indescriptible de tortura. Decían que aquellas bestias se alimentaban de sangre y espíritu, y que la única manera de protegerse era mirarlos directamente a los ojos y repetir las palabras de una oración qué nadie sabía cuáles eran, pero que en su momento eran reveladas. ¿Pero quién podía ver semejantes monstruos a la cara? ¿Quién podía encarar a la muerte misma y esperar que una iluminación brotará de los labios y fuese salvado?

Nadie había sobrevivido al ataque de un Enjambre. Sin embargo, podían ser divisados desde lejos, cuando volaban como buitres, agitando sus alas que brillaban un rojo intenso como la mirada del propio infierno. El ruido de su aleteo se semejaba al golpetear de miles de avispones, y sus gritos roñosos recordaban a los cerdos salvajes que chillaban en la penumbra. Es así como la gente sabía que la desgracia venía y salían corriendo de sus refugios y huían a dónde les fuese posible. Pero un fúnebre destino los acechaba sin remedio.

Los centros comunitarios se quedaron vacíos, las construcciones fueron abandonadas. La voz de Lior Masit que alguna vez se escuchó se convirtió en un silencio sombrío. Los Enjambres comenzaron a volar en círculos por días enteros. Un algoritmo, un virus, las ganas de extender sus terror, precedió una temible batalla entre ellos. Desde el cielo, una lluvia de miembros mutilados y sangre cayó por todos lados. Por meses se escuchó un aterrador eco de bramidos. Parecía que la batalla de los Enjambres era infinita, más, así como el halito de la madrugada desaparece con el primer rayo del sol, un día desaparecieron. La naturaleza recuperaba el sosiego, el cielo volvía asomarse tímidamente detrás de las montañas. Los pocos supervivientes comenzaron a reorganizarse en pequenas comunas, esta vez, esperanzados de vivir tranquilos. Hasta que un día surgieron los]inetes, verdaderos diablos, almas maquiavélicas, resplandecientes como la luz de luna, provenientes de la estrella Aldebarán. La temible Era del Sigilo había comenzado...

MUNDO MUTANTE

RODRIGO TORRES QUEZADA / CHILE

MUNDO MUTANTE

RODRIGO TORRES QUEZADA / CHILE

Marcelo despertó en medio del bosque, empapado de sudor y con marcas de sangre en su cuerpo. Le costó poner en orden sus ideas. Él pertenecía a uno de los pocos reductos de humanos. "no mutados" como se hacían llamar. En realidad, este era un mero intento de identidad basada en el pasado, ya que sí tenían una particular mutación: en caso de sentir atracción por algo, alguien o incluso por cierta situación, su cuerpo cambiaba de sexo. La aldea de Marcelo, sabiendo que era uno de sus guerreros más astutos y rápidos, le envió a él y cinco más para buscar alimentos en el bosque. El único lugar donde se podía encontrar algo realmente comestible. No obstante, la comitiva de Alfredo solo se redujo a un integrante: él.

Los arcontes, como les bautizaron, les pillaron recolectando frutos y cazando liebres (también mutadas). Los arcontes eran conocidos por haber evolucionado a partir de los primeros contagiados con el COVID-19. La "primera mutación" de los arcontes hizo que sus pulmones, al estar sumamente dañados, se convirtieran en un tumor sanguinolento que se abrió paso a través de las costillas de estos seres. Se les podía ver dando vueltas cargando esa bolsa putrefacta como si fuese un feto aferrado a ellos. Pero la evolución de las mutaciones posteriores, transformaron a los arcontes en criaturas deplorables: el estómago y los intestinos también se convirtieron en tumores y se adaptaron de tal forma al medio ambiente, que tuvieron vida propia. Así, estos órganos ocuparon el lugar del cerebro (convertido ya en un pus amarillento que pudría el rostro y la cabeza) y emitían su voz a través del ombligo o el ano. Se consideraban a sí mismos una especie de linaje real, y todo ser vivo debía, según su forma de ver las cosas, rendirles tributo. Atrapaban a una víctima y le ponían dos opciones: o se mutilaba una parte del cuerpo para ofrecérselas como alimento-tributo o debían aceptar una muerte lenta mientras todos los arcontes le devorarían de a poco. Los guerreros "no mutados" no aceptaron ni lo uno ni lo otro...y pagaron con su vida.

Pero Marcelo no solo tenía en mente la pesadilla que suponían los arcontes sino también la duda de cómo había logrado escapar de ellos. No lo recordaba muy bien. Solo venía a su mente una conversación que tuvo con Francis momentos antes que los arcontes atacaran.

—¡Te contaron alguna vez la leyenda de la Máquina Intraterrestre? — le preguntó Francis mientras seguían las huellas de una liebre.

Marcelo frunció el ceño. Jamás había escuchado de eso.

—Es normal —prosiguió Francis. —Nadie quiere que se sepa esa historia, para que se queden en la aldea y no se aventuren hasta este bosque... Pero te la diré porque mi abuelo me la contó. Y yo le creo. Escucha: se dice que, en este bosque, posiblemente escondida bajo un pequeño charco, hay una entrada hacia un mundo intraterrestre. Bajas por unas escalinatas y accionas la palanca de una gran maquinaria antigua. Entonces se abre una enorme puerta que da hacia una aldea secreta. Se dice que ahí casi no hay mutantes. Se supone que vive una comunidad de científicos que encontraron una cura total a las mutaciones derivadas del COVID-19. Es volver a la realidad como era antes.

Marcelo sonrió y movió la cabeza mostrando su incredulidad.

- -iDe verdad crees que sea cierto, Francis?
- —Por eso estoy aquí. No para cazar liebres... Quiero encontrar ese sitio.

Entonces escucharon algo entre los árboles. Sintieron un mal olor. —¿Serán los arcontes? —dijo Marcelo.

Francis tragó saliva.

-¿Qué es eso? -preguntó.

Fue ahí que aparecieron los arcontes y los atacaron. Eso fue lo que Marcelo recordaba. Se tiró al suelo cansado. Había perdido la noción de dónde se encontraba. No tenía cómo volver a la aldea. De pronto escuchó algo que removía las ramas de los árboles. Lo primero que pensó fue en los arcontes. Un olor asqueroso se precipitó sobre su nariz: —¡Este es mi hogar!

Marcelo se puso de pie. Aquella voz sonaba más clara que la de los arcontes, pero era igual de gutural que la de cualquier otro mutante.

-¿Quién eres? - gritó el guerrero.

De a poco, emergió de entre las hojas una criatura de dos metros. Por todo su cuerpo colgaban cráneos putrefactos de distintas criaturas, los que movían la boca o el hocico como si crearan burbujas. Lo que podría llamarse la "parte principal"-del ser, era la cabeza cadavérica de un humano mezclada con una garrapata gigante. Al ver la cara de terror de Marcelo, la criatura rió. O hizo un sonido parecido a la risa.

- ¿Me tienes miedo, cierto? Evolucioné succionando sangre.
- Nunca había visto a uno de tu tipo...
- —Yo soy un único tipo. Yo soy la representación de aquello que alguna vez alguien dijo: *Todos somos uno.*

Una liebre mutada apareció tras una piedra. La criatura rápidamente le escupió un líquido pegajoso e hizo que el animal se quedara pegado al suelo. Entonces avanzó hasta la liebre y le succionó la sangre y luego el cuerpo. Así, de pronto, de entremedio de las otras cabezas balbuceantes, emergió la cabeza cadavérica de la liebre la que también comenzó a mover el hocico como si hablara.

-iQuieres ser parte de mí? —preguntó el ser.

Entonces Marcelo, sin sus armas y sin nada con qué defenderse, emprendió la huida. Pero por más que corría, escuchaba los jadeos de la criatura muy cerca de él. No la veía, pero sí podía sentirla y percibir su olor nauseabundo. Cuando ya no daba más de cansancio, tropezó con una rama y rodando, fue a caer hasta un charco. El mal olor era espantoso y podían verse cráneos de mutantes sobresalir de entre la suciedad. Marcelo empezó a bracear con fuerza. Recordó la historia que le había contado Francis. Sin embargo, ya no había tiempo de pensar en ello: de entre los árboles aparecieron decenas de arcontes.

—¡Este es el maldito que se nos escapó! —chillaron.

Se acercaron al charco emitiendo unos chasquidos con sus anos y ombligos, dando a entender que estaban ansiosos por destripar al guerrero. Lo agarraron de la cabeza y lo sacaron del charco. Pero entonces pasó algo.

-iQué es eso? —preguntaron los arcontes.

De entre los árboles apareció la criatura de dos metros. Al ver a los arcontes, cada uno de sus cráneos emitió diferentes sonidos horrendos. Tanto, que algunos arcontes no lo soportaron y sus vísceras explotaron. La criatura sin compasión devoraba en un santiamén a uno para al punto masacrar al otro. De a poco, los arcontes fueron uniéndose al cuerpo de la criatura. Eso sí, en vez de aflorar como cráneos, se convertían en un ano pútrido que balbuceaba escupiendo un pus sanguinolento. Marcelo estaba preso del pánico. Su única salida era entrar al charco y tener esperanzas en la historia de Francis. Sin embargo, una voz le detuvo: ¡No entres ahí!

Marcelo se dio vuelta. De entre el cuerpo de la criatura, apareció la cabeza cadavérica de un humano.

—¡Escúchame! —exclamó la cabeza. —Yo fui uno de los científicos que vivía ahí abajo... Allá no hay nada. Por años vivimos creyendo que podríamos construir algo mejor en el mundo intraterrestre... Pero apenas nos dimos cuenta que estábamos reproduciendo los mismos errores de la humanidad antes del COVID-19, preferimos la muerte. Eso sí, antes desarrollamos nuestra última gran creación: el *Dios de la vida*. Esta criatura nos unirá a todos, ¡por fin!

Cuando la cabeza terminó de hablar, el Dios de la vida se acercó hasta Marcelo: —¡Ven, únete a mí!

Sin embargo, algo extraño comenzó a suceder en el cuerpo de Marcelo. Algo que nunca antes le había sucedido a él. Sí era normal entre su gente. Pero a él nunca le había afectado. Quizás era la voz de la criatura, quizás su aroma, quizás algún detalle que no pudo reconocer, pero el caso es que ya no había marcha atrás. Ante la mirada atónita del Dios de la vida, Marcelo se convirtió en mujer. —¿Y si juntos intentamos de alguna forma crear todo de nuevo? —le preguntó ella.

Entonces todas las cabezas de la criatura rompieron en una carcajada triste, grotesca y oscura.



PARTIR HACIA... ANDREA ZURITA / ARGENTINA

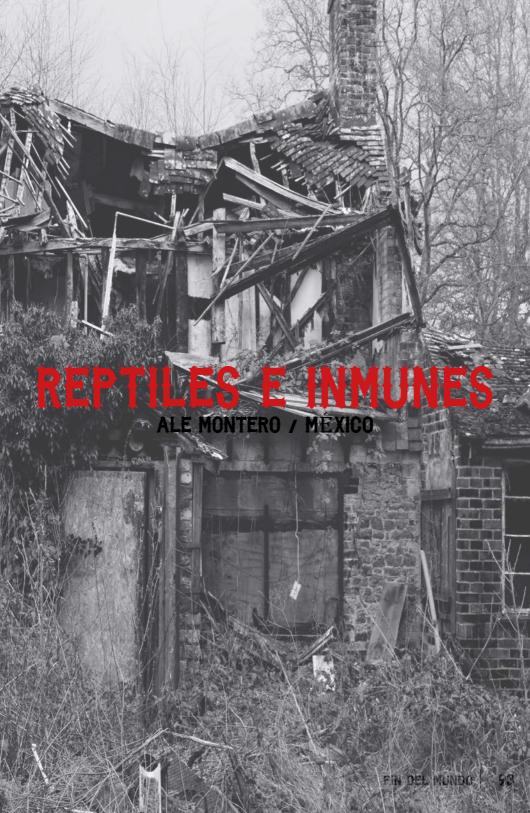
Hola a usted. Hace unos dos meses que se desvaneció de forma definitiva la luna, ya debe estar al tanto con tantas abrumadoras noticias. La verdad es que yo también pasé desapercibida la novedad, igual que muchísimas personas. Hicimos chistes al respecto y bromeamos con su reemplazo artificial, hay quienes aún lo siguen haciendo. Quizás China o Estados Unidos logren crear una nueva. Se creía que el satélite era necesario para la vida terrestre, pero no fue así. Su ausencia no causó mucho impacto entre los seres vivos. Admito que no fue muy interesante para mí saberlo o no, hasta hace tres días.

Al levantarme de la cama lo noté: hay pedazos de mi espíritu cayéndose de mi cuerpo. Es un poco extraño de imaginar, así que permítame explicarle. Usted tiene una ventana en su cuarto que se ilumina con los primeros rayos del día, me imagino. Pues bien, mi espíritu se siente como si esos rayos de sol, así de brillantes, pudieran sostenerse en la palma de la mano. Están tibios y son suaves, los sostengo hasta que se desvanecen progresivamente. Es como tener en la mano algodón de azúcar tibio, con algo de brillo, y que desaparezca lentamente.

El primer día que lo noté pensé que estaba alucinando, porque nunca había visto algo así en mis sábanas, tomé un puñado entre mis manos y... adiós. Se hizo nada. Ese mismo día me sentí decaída y sin ánimos. Intenté seguir mi rutina, pero no era lo mismo, me sentía infeliz y desganada. Creí que era algo normal, quizás por mala alimentación o falta de sexo, pero no. Porque el segundo día, es decir ayer, cuando me senté en la cama sentí que a la altura de mi espalda algo caía. Me levanté y vi una especie de charco sobre el colchón. Esta vez más grande y más refulgente. Y en ese momento fue que la ausencia de la luna vino a mi mente. Cuando mi espíritu desaparecía entre mis sábanas me di cuenta que de algún modo absurdo y ficcional, estaba conectada a la luna.

Por un instante se me pasó por la cabeza salir a la calle y gritar lo que me estaba pasando, pero no tenía fuerzas para hacerlo, o ganas. Antes de comenzar a escribir esta carta he caminado un par de cuadras alrededor de mi casa y lo único que logro sentir son los latidos insípidos de mi corazón vacío. No puedo sonreír ni llorar más. No tengo sensaciones ni emociones. No siento que los ojos me brillen. Me castiga la ignorancia, el no entender por qué razón me estoy yendo. Intenté tomar algo de valor, fuerza, o voluntad y hablar con mi madre, pero cuando me senté a la mesa vi que estaba igual que yo. Y no me importó. Salí afuera y nos vi a todos, inertes. Entonces comprendí que debía hacer una oficial despedida.

Creo que todos nos estamos yendo. Quizás sea un apocalipsis pasivo. No sabría definir muy bien qué es lo que nos está sucediendo. Sólo puedo esperar que a usted que está del otro lado no le suceda lo mismo, o al menos encuentre una explicación, o una cura para esta dilución espiritual.



REPTILES E INMUNES

ALE MONTERO / MÉXICO

La gente salió con el riesgo de contagiarse. Las muertes se incrementaron. Luego, insólitamente, los fallecimientos al día disminuyeron. La sociedad lo interpretó como el fin del aislamiento. La gente ignoró a los científicos, quienes comunicaron lo raro de las circunstancias. Al transcurrir un año, algunos individuos manifestaron raras escamas en todo el cuerpo, al grado de parecer reptiles; sus ojos crecieron y tenían una mayor rotación ocular. A otros les nacieron pelitos en la parte externa de las fosas nasales y en la garganta.

—¡Siempre nos dijeron que los reptilianos estaban entre nosotros! —exclamaban en *YouTube*—. Son parte de la élite que gobierna al mundo.

Una estrella de internet entrevistó a una persona con escamas. Les llamaban "reptiles".

- —Mira, yo sé que ustedes son como cualquier persona. Este video es para desmentir que son parte de una élite.
- —Soy una persona normal. La gente siempre se inventa cosas. Trabajo, tengo familia, una vida como la de cualquiera.
- —Últimamente se está poniendo de moda una nueva fobia hacia la gente reptil. ¡Ya basta de matar a estas personas! ¡La vida de los reptiles también vale!

Los pelitos en garganta y nariz de la gente que manifestó esta característica se transformaron en filtros. Algunos murieron porque dicho filtro obstruía sobremanera las fosas nasales y no permitía deglutir correctamente. Debido a esto, era imposible que les afectaran enfermedades contagiadas por medio de boca o nariz. La sociedad comenzó a decirles "inmunes" por su gran resistencia al polvo, virus y bacterias.

Transcurrió un año más. Hombres y mujeres reptiles desarrollaron una masa muscular y altura sobrehumanas. Llegaban a medir tres metros. Sus bestiales pies se tornaron enormes. La musculatura de sus piernas se veía impenetrable. Sus anchas y escamosas espaldas se conectaban con inconmensurables brazos verdosos. Sus inmensos globos oculares rotaban con movimientos rápidos. Emitían voces graves nada semejantes a lo humano. Los reptiles, resentidos, formaron agrupaciones debido a la violencia experimentada durante años. Los reptiles que creían en la paz eran asesinados por otros de su misma raza. Esta asociación de humanos con piel escamosa trató de pactar con inmunes para matar violentamente a la raza humana. Los inmunes se opusieron debido al trato digno recibido durante todo el tiempo de evolución. Los ejércitos de cada país combatieron a las monstruosidades escamosas de su propia nación. Muchos inmunes fueron reclutados debido a su gran fortaleza, ya que habían desarrollado una velocidad y resistencia física sobrehumanas. Sin embargo, entre reptiles había grandes estrategas: no sólo usaban su descomunal fuerza, sino también su aqudísima inteligencia.

Lo que había sido una gran población empezó a disminuir. La mayor parte de la sociedad estaba compuesta por los dos poderosos bandos.

—El futuro es de reptiles e inmunes —decían con temor periodistas y estrellas de internet.

Transcurrió otro año. El planeta tenía gran población, pero la mayoría pertenecía a las dos razas dominantes. Había humanos normales, los cuales se aliaron con alguno de los dos bandos: les llamaron "los protegidos". Inesperadamente, estos últimos comenzaron a unirse con reptiles, librando encarnizadas batallas contra inmunes. Los humanos comunes tenían gran tecnología y abundante dinero, por lo cual, lanzaron imponentes misiles y bombas atómicas que provocaron la muerte de millones de inmunes. Los inmunes sobrevivientes combatieron cuerpo a cuerpo contra las gigantescas monstruosidades verdosas. Eran peleas sangrientas, llenas de desgarramientos y potentes golpes que a cualquier persona

hubiera matado de un sólo impacto. Pasaron cinco años de guerra. Abundaban reptiles en la Tierra. Los inmunes comenzaron a disminuir. Inopinadamente, se arrojaron misteriosas armas nucleares que eliminaron poco a poco la vida de ambas razas del planeta.

En dos meses, los recursos del planeta habían sido repartidos entre un millón de protegidos sobrevivientes. 200,000 personas empezaron a radicar en América; 300,000 en Europa; 300,000 en Asia, 100,000 en África y 100,000 en Oceanía. Se establecieron gobernadores continentales por medio del voto.

La pequeña sociedad mundial prosperó en menos de un año. Sin embargo, un avistamiento causó asombro: un humano alcanzó a ver a lo lejos una veloz criatura escamosa escondiéndose con increíble rapidez entre los arbustos.



ROSSIYA EN SANGRE DANAE NICOLE TERRIQUEZ FLORES / MÉXICO

Yacía sentado en el sofá de la sala vestido con calzoncillos, una camiseta que antaño fue blanca y una sábana en los hombros. Acartonado, gris y demacrado como si la infección de ella lo hubiera contagiado de pura agonía y tristeza ahogada. Pero antes pasó algo.

Apenas escuché los gritos en la calle tomé a ambas niñas y las llevé al cuarto de visitas. Hice caso omiso del caos del exterior, tenía una tarea, no podía perturbar mi paz. Comencé a jugar con las niñas, les canté canciones rusas que nos había enseñado la Abuela, pero en cuanto su imagen cruzó mi mente, en el pórtico de la casa sonaron gritos, desgarradores golpes, amenazas, arengas de guerra en busca de fuerza y auxilio, pero no acudí, no era momento de hacerlo. Me quedé con las niñas hasta que un sonido bestial, proferido por una garganta enferma, me hizo levantarme del suelo a cerrar la puerta. La Abuela había sido infectada. Volví la mirada a sus pequeños rostros blancos y les sonreí animada, dulce y paciente, buscando calmar la agonía y terror de sus ojos azules.

Afuera se escuchaban gritos. El Abuelo sollozaba y trataba de calmar a la úrica abuela sin lograrlo. Ella se enardecía por momentos, buscaba calmarse, respiraba, pero el dulce aroma de las niñas llegaba hasta ella y la volvía loca. Exigía verlas, decía estar bien, me clamaba para que abriera la puerta y la dejara entrar. Dejé a las niñas en el otro extremo de la habitación, cerré la ventana y encaré a la puerta, firme, escuchando los gritos de fuera en una mezcla de ruso con castellano. Entendía ambos en medidas diferentes, pero la voz anhelante, acalorada, y sus tonos, son un lenguaje universal.

La Abuela comenzó a golpear la puerta en salvaje ataque, amenazando con gritos de podredumbre y desesperación. Un rugido ahogado en mi garganta presintió el golpe final a la puerta que, vencida, abrió una de sus esquinas superiores en un astillado gajo de madera. La Abuela buscaba alcanzar el pomo de la puerta y girarlo, gritando al abuelo que la dejara en paz. Él trataba de sostenerla de los brazos y apartarla, con los ojos anegados en lágrimas.

Las niñas corrieron a mi espalda y a tientas tomé la mano de cada una, protegiéndolas de la abuela.

—*¡Devochki!* ¡Niñas! —gritaba la abuela. —¡Vengan conmigo! ¡Vengan con Abuela!

Impávida oculté al par de pequeñas aún más tras de mí y reté a la Abuela con la mirada.

- -;Nie!¡Quiero a Dandelion!-
- -¡Dandely, dile que se vaya!-.

Gritaron ambas criaturas tras mi espalda, aprovechando el momento de silencio de la Abuela tras la puerta, que ahora luchaba de nuevo por hacer más grande el agujero.

-No dejaré que las toque- respondí.

En ese momento, algo tomó a la abuela del cabello y la arrastró lejos entre gritos enfermos. Abrí la puerta tras haber tomado a las niñas en brazos y corrí al cuarto de los abuelos. Cerré la puerta con seguro y suspiré. Los gritos eran menos intensos en la habitación marrón y las niñas lograron calmarse. Las bajé sin soltarlas aún, y susurré en sus oídos.

—Todo va a estar bien, yo las voy a cuidar, ahora vayan a jugar, ¿sí? — y besé sus mejillas. La mayor me regresó el beso y llevó a su hermana a jugar al fondo de la habitación. Me detuve frente a la puerta y esperé a escuchar el sonido más tranquilizante en ese momento: disparos.

• •

Han pasado meses, el Abuelo no puede con su alma, y aún mira el fétido cadáver del jardín, ennegrecido, entre el césped y la pus. Llora en la ventana y por sus arrugas pasan ríos rojos, quemaduras por la sal de las lágrimas. He mantenido a las niñas encerradas desde entonces, apenas mirando la vida en fotos lejanas, pero el hambre puede con todos. Cada vez me cuesta más trabajo dormirlas sin cenar. Hay poca comida en buen estado en al menos un kilómetro a la redonda. No puedo dejarlas solas mucho tiempo, temo que el Abuelo haga una tontería. Es la última vez que las llevo a dormir, tuve piedad de ellas y dejé que tomaran los últimos somníferos que había, no podría con la culpa de mirar sus anémicos rostros atemorizados por el cañón de la pistola apuntando a sus frentes



SALVE EL FUEGO

MARIELA ANASTASIO / ARGENTINA

Salva el fuego, que el fuego me salve. No ya no. Ya no podrá. ¿A quién le importan mis ruegos ahora? Estoy muriendo. O lo haré. En un rato. Devorada, consumida por el fuego azul que no sólo me lleva a mí, sino a todos y a todas las cosas. No estoy segura en decir si son momentos desesperantes, aunque sean los últimos. No lo son. Siempre me imaginé a la muerte de otro modo, y nunca creí que podría estar tan serena. Muchas veces (antes) fantaseé con mi muerte, aunque pocas veces me animé a ir mucho más lejos. Casi siempre me angustiaba y no podía sequir imaginando mucho más allá. Pero lo cierto, es que cuando lo pensé, lo hice creyendo que el final sería como un arrebato, un dolor profundo y seco sin demasiado preámbulo. Ahora, que se ha develado cómo es que esto se acabará, me encuentro con que se me ha "brindado" un momento para la reflexión, para la despedida. Tal vez porque soy escritora, dios o lo que sea, se conmiseró con regalarme el beneficio, y entonces puedo tener estos últimos minutos antes de que me toque a mí. Para qué, no sé... para "saborear" más la vida, supongo. Lo que fue y lo que fui. Para hacerlo más poético.

Desde aquí, desde mi ventana, soy testigo de lo inevitable. No faltará mucho para que llegue. Veo como las lenguas de ese fuego que lo incendia todo se extienden como una deidad naranja y hermosa, que además tiene cara de hombre y mil brazos, mil retoños. Veo por fin de cerca (¡y es tan conmovedor!) al sol, que tantas veces nos acarició de lejos, rodar ahora sobre la tierra, amándola y destruyéndola a la vez (amor tóxico), en donde ella, sumisa, redimida, se entrega toda para ser extinta. Veo entre las llamas los esqueletos de los árboles que se carbonizan solemnemente, que soportan la embestida al principio sin caer, como soldados valientes que esperan, sin rendirse la estocada final. Y las casas, los molinos, los autos, los animales, los hombres, las estatuas, los edificios, los monumentos, las fábricas... todo reducido a nada. Veo a todo quedarse allá en el remolino crujiente. Todo se va desprendiendo suavemente, como con una música,

en un crepitar en el que no habita más sonido que el que canta el propio fuego. Los demás callan. Nadie se opone, nadie grita.

Lo veo venir a la distancia, como en un sueño, pero esta vez sé que es real. En mis sueños era el agua, eran las olas inmensas las que iban a terminar conmigo, las que me ahogarían. Pero ahora lo sé: no habrá humedad y no habrá tiempo de correr hacia ninguna parte. Simplemente llegará aquí, y me dejaré morir, como lo hacían las brujas en la hoguera. Sólo espero que sea muy rápido, espero no sufrir mucho, apenas darme cuenta.

Ahora mismo no estoy triste, y ya veo como no hay lugar para nada más. El fuego se acerca. Me gustaría terminar esto haciendo una lista. Una que refleje lo que quiero llevarme de esta vida. Debería ser sintética, debería poder elegir bien. Como si fuera ese un pedido especial y lo más importante. Como si se me dijera: no te equivoques, eso que elijas, será tu espíritu, el retrato de lo que fuiste, la esencia de lo que fue tu vida.

¡Ayy! Qué cosa difícil. Espero no acobardarme. Es sumamente delicado. Mi lista... ¡ya! ¡La lista! Confiaré en mi intuición. Ella me llevará a lo ineludible, a las huellas ciertas, a lo que me ha marcado.

Dale, vamos... la lista... ya se huele el humo... ya no se ve mucho más allá, más que esa cosa informe que avanza demencial.

Basta, sí, ¡la lista! Que sea de una vez, ¡soltalo. ¡Despedite!

Ahora sí tengo miedo, un miedo indescriptible. Lloro. Amé demasiado este mundo loco, roto y extraño.

Vamos, no seas necia. ¡Ahora! La lista. Elegí diez cosas. ¡Sólo diez cosas! Ahora, o no lo llegarás a enumerar.

Sí, sí... de acuerdo. Empiezo:

10) Haber leído a Shakespeare. Haber podido conocerlo y sentirlo a pesar de la distancia de los siglos.

No voy a poder, es muy difícil elegir... no... ¡Vamos! No seas tonta, ni te pongas poética. Faltan 9. Cerrá los ojos. Sólo dejá que tu corazón, tu mente, elijan por vos. Eso te definirá. Vamos... nueve...

- 9) Los peces de colores en el fondo del mar más transparente, el haber podido estar tan cerca. Acariciarlos. La belleza de esas islas, los corales. Haberme podido sumergir.
- 8) La adrenalina de haberme enfrentado a las más duras pruebas.
- 7) El día que lloré porque "me dejaron afuera".
- 6) Los teatros. Los teatros vacíos antes de que ingrese la gente. Los escenarios cuando la luz se va apagando suave sobre el actor, y se queda todo negro y en silencio.
- 5) El instante en el que vi la cabeza de mi hijo salir de mi panza. Allá lejos y tan cerca.
- 4) Los chocolates y todos los dulces del mundo (eso debió ir antes).
- 3) Haber volado en los aviones que surcaron los cielos y me dejaron en tierras nuevas.
- 2) Los amigos, el amor... (¡no puedo! ¡Y es abstracto! Mejor: aquella mirada verde que me tejió un puente).
- 1) La escritura, las palabras y los li...



XIÚ DE EPSILÓN

GUILLERMO PEGORARO / ARGENTINA

Polvo, rocas y piedras son desplazadas con ímpetu hacia los costados. La tierra queda calcinada y el manto arenoso vitrificado. Cuando la caótica cortina de vapores y cenizas se ha disipado, retorna el claro paisaje desértico, con un inesperado visitante en el suelo. La nave espacial ha efectuado un perfecto y sincronizado aterrizaje.

La escotilla se abre y desciende su único ocupante. Sereno y pausado camina hacia el solitario inmueble en medio de la nada. La gasolinera le atrae. Se detiene en los surtidores. No son seres cibernéticos, sólo máquinas para algún tipo de uso. Avanza hacia la cantina, donde encuentra a parroquianos compartiendo la tertulia. Lo observan con extrañeza, a pesar de que por el lugar han pasado motoqueros, bandidos, hippies, insanos y rarezas humanas rayando lo bizarro.

En el centro de la sala permanece inmóvil como estatua. Aspecto humanoide, dos metros de altura, cabeza calva, ojos grandes y oscuros, nariz pequeña, cuerpo delgado y ceñido en traje espacial gris. No se distinguirse su sexo; más bien, parece andrógino.

Varios pasos y en un taburete de la barra se sienta. El cantinero no se inmuta. ¿Qué se va a servir gringo?, le dice. El recién llegado inclina el rostro hacia un costado en señal de ignorancia. Luego lleva dos dedos a la garganta del barman y aspira digitalmente la clave idiomática para luego transferirla, del mismo modo, a sus propias cuerdas vocales. Señala entonces a un borracho, que saborea un tequila como si de caviar se tratara: lo que toma el señor, responde.

El primer sorbo lacera, pero los efectos se aprecian. Bebe sin parar, hasta vaciar la botella. Pide otra. Alguien se le acerca y le pregunta procedencia. Con el dedo índice señala el gran espejo a espaldas del mesero. El mismo se transforma en improvisada pantalla de plasma, en donde aparecen complicados

mapas galácticos, y con un desganado "por ahí", deja asentado, que no es de la tierra y que tampoco está de humor para profundizar en el tema.

Todos se despiertan de la modorra y observan por la ventana. El vehículo en que viaja no es camión ni nada que se le parezca. Dos salen corriendo, tres se toman una *selfie* con el recién llegado, y otros cuatro dudan si vale la pena soltar el vaso.

En cuestión de minutos las redes sociales retransmiten las fotos sacadas en el sucio bar. La de la nave espacial se hace viral. La del extraterrestre, recibe ocho millones de *likes*.

La primera impresión de la gran aldea global es la de fraude publicitario; pero cuando dos satélites militares americanos y uno chino, que se creían medir el clima, confirman la presencia del visitante espacial, las alertas mundiales pasan de amarillo a naranja.

Inmediatamente, sin diplomacia, el país del norte envía a sus especialistas. Cercan la gasolinera y la declaran en cuarentena. El recién llegado y ocho lugareños quedan encerrados.

La confusión reina en el planeta. Los aeropuertos se clausuran, la red ferroviaria se cierra, los puertos no admiten partidas y las carreteras son fuertemente controladas. Los presidentes, todos millonarios, de todos los países, algunos ricos, otros pobres, se encierran en sus bunkers privados. El Air Force One, circunda por algún ignoto espacio.

En los diarios digitales del mundo aparecen los titulares "No estamos solos". Y en el variopinto de idiomas, se opina, se es euforia, se teme, se duda, se trenzan conjeturas. Las bolsas de valores del mundo caen en picada, los alimentos imperecederos aumentan de precio, y comienza a notarse el desabasto.

Todos esperan, pero no hay voz oficial que aclare o que llame a la cordura. La tensión mundial aumenta. No hay peor situación que la falta de información, la mente queda libre para jugar con la fantasía de un apocalíptico final. Luego de miles de años sosteniendo el divino pacto narcisista, la curia mundial doblega su discurso para no perder adeptos, y en todo caso... incluir al extraño para sobrevivir.

Desde la Plaza de San Pedro el pontífice sostiene que el Mesías era extraterrestre. Recuerda su origen divino, su virgen madre, sus poderes sobrehumanos, la clarividencia sobre el destino, la resurrección y su desaparición en la tumba. Sostiene y recuerda sus cruciales palabras en vida: "Mi reino no es de este mundo"

Lanzada la estrategia, los otros cultos se acomodan. El judaísmo dice lo suyo. Hacen circular párrafos del Pentateuco, donde advierten que las visitas espaciales ya estaban registradas. Génesis, Capítulo 5, Versículo 6: "Sucedió que cuando los hombres se multiplicaron sobre la faz de la tierra y les nacieron hijas, al ver los hijos de Dios que las mujeres eran hermosas, bajaron del cielo y las tomaron por esposas". Por lo bajo, los rabinos planifican circuncidar al visitante, para ponerlo de su lado. Inmediatamente el Islam alza la voz. Sostiene que el Corán era claro al respecto « Allah el Glorificado, dijo: "Y yo he creado a los genios y a los hombres para que me adoren" », por lo que el visitante era un "genio", más inteligente y avanzado científicamente que los hombres. Sólo restaba marcarle el camino espiritual hacia la Meca.

Pero tras décadas de publicidad negativa hacia los encuentros del tercer tipo, con Hollywood y sus estrellas haciendo mella, la humanidad comienza a especular. El inconsciente colectivo sostiene que la solitaria nave era una exploradora de la avanzada... que acabaría con la raza humana.

El fin de los tiempos se propaga de boca en boca, el día del juicio final se anuncia de ciudad en ciudad. Time Square apaga sus carteles. París deja de brillar. En Buenos Aires nadie más baila un tango. Los esposos confiesan sus adulterios, y sus mujeres… también. Las cárceles son abiertas y las escuelas cerradas.

Fue entonces que los militares debatieron qué hacer. Sus mentes cerradas y obtusas sólo eran usinas de paranoia. Entre matar al emisario y robarse sus avanzados secretos, o prepararse para una invasión intergaláctica... debieron optar. De igual forma, movilizaron sus ejércitos hacia las fronteras y alistaron el arsenal nuclear. La paz fría terminó. Ningún país vio con buenos ojos los preparativos militares del otro. De naranja a roja pasó el color de la alerta.

Los aviones despegaron, los submarinos fijaron su blanco, los misiles se armaron y los tanques comenzaron a rodar. La tensión creció y creció hasta que el Armagedón se tornó inevitable.

En un apartado y sucio bar de gasolinera, Xiú, de Épsilon Cuatro sigue bebiendo tequila. Es la cuarta botella que desaparece en su garganta, y la quinta espera tranquila. Desde que llegó, nadie se interesó por sus motivos. A él le parece un lugar ideal para ahogar penas. Desde que Thiara Seis, lo abandonara por otro par de brazos, él sabe que alejarse y curar en solitario sus heridas es la mejor salida... y que mejor que éste tranquilo y pacífico planeta, con pocas personas, amigables y serenas.

HECHO EN ECATEPUNK 2021

ANTES DE TRONAR COMO EJOTES...